



EL MAGNIFICAT

(Parte I: Introducción y Glosa)^[196]

I. INTRODUCCIÓN

Tres son los cánticos de acción de gracias procedentes del Nuevo o Segundo Testamento que la Iglesia en la oración del Oficio Divino eleva todos los días a Dios: el *Magnificat*, el *Benedictus* y el *Nunc dimitte*. Los tres nos son conocidos a través del «evangelio de María», es decir, de aquellas noticias reveladas e históricas cuya fuente humana fue la Madre de Dios, pues ella guardaba y meditaba todas estas cosas en su corazón, como nos señala el evangelio^[197], indicándonos así, indirectamente, la procedencia de la información acerca de cuanto concierne a la infancia de Cristo. Ella no sólo proclamó sus alabanzas al Señor, sino que retuvo los otros dos cánticos, de los que fue testigo presencial, y de los que informó a s. Lucas^[198]. Todos ellos son repetidos por la Iglesia con devoción, porque están contenidos en las Sagradas Escrituras, es decir, están inspirados por el Espíritu Santo. Nadie puede negar, por tanto, que la Santa Madre Iglesia, al repetirlos a diario, los propone como modelo de la oración más alta, la de acción de gracias y alabanza a Dios, aquella que haremos incluso en el cielo^[199]. Cada uno de ellos expresa perfectamente el don recibido de Dios por sus respectivos autores en relación con la encarnación del Verbo^[200], y adopta la forma de cántico espiritual, es decir, de una elevación del alma en oración, henchida por el agradecimiento y la admiración amorosa hacia la magnificencia divina, que sobrepasa todas nuestras expectativas. Entre todos ellos el don jerárquicamente primero y más grande es el recibido por María, cuya fe precede, acompaña y sigue a la encarnación de su Hijo, de ahí que el *Magnificat* sea también el cántico inspirado más bello y profundo.

Como concebida sin pecado original y *llena de gracia* –alabanza que ningún ángel ni profeta hizo de ninguna otra criatura–, María Santísima nos ofrece el modelo perfecto de oración de alabanza, *la que nosotros haremos en la vida eterna*, pero que podemos adelantar ya en ésta uniéndonos a ella. La oración apropiada en esta vida para nosotros, los hijos de Adán y Eva, nacidos con pecado original, es el Padrenuestro, esto

es, la que nos enseñó a rezar Cristo^[201]. Sin embargo, la oración de nuestra Madre es más alta que la que nos corresponde a nosotros, es la oración propia de la más alta de todas las simples criaturas, la Madre de Dios: la oración que ha puesto el Espíritu Santo en su boca para que entonara la alabanza de toda la creación por la encarnación del Hijo de Dios, y para que nos enseñara a hacerla debidamente a sus hijos. Nosotros podemos rezarla, pero hemos de hacerlo *con ella*, que es la que tiene el sentido pleno de lo que dice. Para aprender de su oración y adelantar junto con ella nuestra futura alabanza, me propongo meditar una a una sus palabras.

Seguramente que, por desgracia, habrá entre los cristianos de nuestros días quienes piensen que esas palabras no las dijo María, porque suponen que ella por habitar en una pequeña aldea no tenía mayor preparación ni cultura que la de una aldeana. La fe de éstos se tambalea, lo que implica que está herida de gravedad. Infatuados por cierto filologismo, ya no leen las Sagradas Escrituras como lo que son, esto es, como Palabra de Dios^[202], sino como hermeneutas de textos meramente humanos. No es conveniente que uno se engría en el propio saber, pero mucho menos en la propia inopia, porque la Palabra de Dios nos supera por todos los lados, pero nunca engaña. Si encontramos en ella cosas inexplicables, confesemos nuestra falta de inteligencia y, en vez de poner en duda su literalidad, tergiversándola o acusándola de mentira u error, abramos nuestra mente para que sea la Palabra de Dios la que nos las dé a entender. Y dado que ella ha puesto en boca de María Santísima el *Magnificat*, creamos y sepamos, entonces, que ha sido pronunciado con toda certeza por nuestra Madre. Comprobemos humildemente la sabiduría de sus palabras, y veamos si son las de una aldeana; no neguemos su procedencia, pues así negamos la veracidad del Inspirador del *Magnificat* y de las Escrituras.

II. GLOSA

El *Magnificat*, recogido en *Lc 1*, 46-55, se divide en tres partes: en la primera (46-50) María alaba a Dios por las grandes obras que ha hecho en ella (maternidad divina); en la segunda (51-53) alaba a Dios por la grandeza de su plan de salvación para toda la humanidad (obra de su Hijo); y en la tercera (54-55) lo alaba por su misericordia para con su pueblo, Israel.

II.1 *Parte Primera* (vv.46-50): la alabanza por la maternidad divina.

v. 46: "*Magnificat anima mea Dominum*"

"Proclama mi alma la grandeza del Señor"

Tras el elogio dirigido a ella por su prima Isabel, que la ha llamado bienaventurada por haber creído el gran misterio que se le anunció, María rompe a orar en cántico

incontenible. Y usa en su oración una alabanza a Dios utilizada antes por el rey David^[203], de cuya estirpe eran ella y su Hijo: «engrandece (*megalynēi*) mi alma al Señor». A Dios no se le puede hacer más grande de lo que es, ni nuestra alabanza aumenta su gloria eterna, pues Dios es más grande y glorioso que todo lo que se pueda pensar, entender y desear por parte de sus criaturas. Lo que sí podemos las criaturas es proclamar ante toda la creación las grandezas de Dios e incrementar así su gloria externa, la que le podemos dar todas juntas, ensalzando sus obras para con nosotras. Pero esa proclamación no puede ser un cántico extrínseco al que canta, si es que el espíritu se eleva de verdad con él, sino que en el cántico la persona se transforma en la verdad que ella canta como ofrenda donal: todo el que canta inspiradamente –en la Sagrada Escritura– canta un cántico nuevo, canta la verdad del don que ha recibido, y así lo hace suyo, a la vez que él mismo se hace cántico para el dador^[204]. En este sentido, el cántico de María es, incomparablemente, el más bello y grande hecho por una simple criatura y el que más ensalza a Dios, pues lo que María alaba es la más grande obra de Dios, la que Dios ha hecho en ella: la Encarnación. Elegida por el Padre, habitada por el Hijo del Altísimo, llena del Espíritu Santo, María ora con la oración creatural más alta y debida: la de alabanza y adoración, que es la forma apropiada de dirigirse a quien sobrepasa todo lo creaturalmente alcanzable. La que entona esa alabanza es María entera, con todo su ser y toda su esencia, porque, aunque su persona (o ser) es *puramente* espiritual, como señala el versículo siguiente, su esencia es aquella manifestación de su persona que une consigo y gobierna su cuerpo, de manera que en su oración se reúnen su cuerpo y su espíritu. María alaba, toda ella, la magnificencia divina en la asunción de la naturaleza humana por su Hijo, el Verbo divino, que la ha cubierto con su sombra toda entera, en cuerpo, alma y espíritu. Cada uno de nosotros hemos de cantar nuestro cántico nuevo, pero podemos hacer nuestro el *Magnificat* de María, porque también para nosotros el don más alto ha sido la encarnación del Verbo, y no encontraremos palabras mejores que las de nuestra Madre para saber hacerlo.

v. 47: “*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*”

“*Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador*”

En este versículo queda de manifiesto la gratitud de María y el sentido de su anterior alabanza: nace de una alegría incontenible de su espíritu que rompe en oración reconociendo a Dios como *su salvador*. María siguió así la invitación del saludo angélico^[205], que la había animado a alegrarse por el más alto y mejor mensaje que jamás pudo oír ni pensar una criatura. Estas palabras –como otras, más adelante– coinciden en parte con algunas del cántico de Ana, la madre de Samuel^[206]; al citarlas, María nos está indicando la causa de su alegría, que coincide con la de aquella: la maternidad humana, en el caso de Ana; la maternidad divina en el de María. Por eso, aunque coincidan más o menos en la letra, en boca de María se llenan de un sentido

nuevo y original, pues en ellas se ensalza la concepción del Verbo y está contenida, en germen, la doctrina revelada sobre su inmaculada concepción. Porque al especificar que ese Dios es «su» salvador nos está indicando a su Hijo, el que la ha salvado de todo pecado. Ella lo sabe porque en la anunciación el ángel le había dicho qué nombre había de ponerle: “*Jesús*”, que significa salvador^[207]. En efecto, mientras que Ana goza con *la* salvación de Dios en general^[208], María vincula directamente *su* salvación con su maternidad. Reconoce así el nombre de su Hijo, nuestro *salvador* (Jesús), y lo confiesa como salvador *suyo*. María, como todo el género humano, ha sido salvada, pero su salvación ha sido realizada de un modo muy especial: librándola tanto de la culpa original como de toda culpa personal, y llenándola de gracia. Por eso, desde el primer momento la Encarnación suscita en ella una inmensa alegría, una alegría *que no está precedida por el arrepentimiento o por la tristeza* –como el cántico de Ana^[209]–; una alegría que ni tan siquiera se siente amenazada por los enemigos ni por temor alguno – como acontece, en cambio, en el *Benedictus*^[210]– o vinculada de algún modo con la muerte propia –como en el *Nunc dimitte*^[211]–, sino sólo acompañada por la acción de gracias, porque procede de los dones más extraordinarios que Dios ha concedido nunca. En todo lo cual está implícito el privilegio de su concepción inmaculada. Esa alegría está también en la línea de la que indican los textos: “*Desbordo de gozo en el Señor y me alegro con mi Dios*”^[212], y “*Pero yo me alegraré en Yahvé, gozaré del Dios de mi salvación*”^[213], de Isaías y de Habacuc respectivamente, cuya alegría, como la de María, tiene su motivo y su centro *en Dios*. Puesto que el Verbo se ha encarnado en ella, su gozo no se centra en sí misma, sino en su salvador, que es su propio Hijo; por esa razón tal alegría es, a la vez, *gratitud plena*. A la alabanza del primer versículo, el segundo añade la oración de acción de gracias. En estos dos versículos está contenido todo el sentido de la existencia para cualquier criatura personal: existimos para alabar y dar gracias a Dios, por ser Él quien es y por los dones crecientes que nos hace.

v. 48 a): “*Quia respexit humilitatem ancillae suae*”

“*Porque ha mirado la humildad de su esclava*”

María da razón de su anterior alabanza y gratitud, una razón en la que está implícita la adoración: porque Dios, desde su altura máxima, ha abajado su mirada, la ha mirado a ella, y la ha elegido para Madre de su Hijo. Todo eso está implícito en «*mirar la humildad*». «*Tapeínosis*» se ha traducido a veces al castellano por “humillación”, palabra que ni tan siquiera aparece en el cántico de Ana, la madre de Samuel, la cual, en cambio, sí se había sentido humillada y triste por no haber tenido hijos de su marido^[214]. Pero María no sufrió esa ni ninguna otra humillación, fuera de las que recibió su Hijo y que sintió más que si las hubiera recibido ella. Por tanto, no cabe entender la palabra «*tapeínosis*» como humillación alguna, ni anterior ni posterior a su maternidad. Esa voz, en cambio, se debe traducir por «humildad», pero no en el sentido de *la virtud* de la humildad, pues María está alabando a Dios, no a sí misma:

humildad significa aquí, más bien, la *condición humilde*^[215], en concordancia con el libre reconocimiento de sí misma como «esclava». *“Porque ha mirado la condición humilde de su esclava”*.

Sin embargo, ella, *en cuanto descendiente de David*, no era esclava ni de condición humilde. Entonces, ¿por qué «de condición humilde»? Humilde por ser criatura, indigna de ser habitada por su creador; humilde por ser humana, entre todas las criaturas espirituales la más baja^[216]; humilde entre los seres humanos, por ser una joven habitante de un pueblo pequeño en una región marginada y en una época de la historia del pueblo de Israel aparentemente decadente, puesto que no había profetas y estaba sometido al poder extranjero. He ahí la adoración: ella es indigna en comparación con quien la ha mirado bajando sus ojos desde su trono, y a quien ella adora en sentido estricto.

Precisamente por saberse criatura humana, o de condición humilde, ella se sintió turbada cuando oyó la salutación angélica con el «llena de gracia» y «el Señor está contigo». Y por eso, *aun estando desposada con s. José*, ella utilizó una pregunta como piedra de toque para conocer la procedencia (angélica o diabólica) de la salutación del arcángel san Gabriel: *“¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”*. La pregunta no recaía sobre el conocimiento de varón, sino sobre cómo será hecha madre. Estaba desposada y sabía bien quién era su esposo, aunque –cuando la saluda el ángel– todavía no hubiera vivido bajo el mismo techo que él. Pero ella está determinada a no conocer varón, a pesar de que tiene esposo, y por lo mismo no ha pedido ni deseado ser madre, sino que se le anuncia que lo será. De ahí que su pregunta tenga un sentido especial. Nada de esto aparece en Ana, que pidió vivamente ser librada de su esterilidad^[217], y fue fecundada por Elcaná, su marido. Tampoco preguntaron ni Abrahán ni Sara cómo iban a tener un hijo^[218], pues eran marido y mujer; ni, como es natural, tampoco preguntó nada la madre de Sansón, a quien, siendo estéril, un ángel le anunció su maternidad^[219]. Nótese la diferencia con María. Ella, que no era estéril, sino joven virgen, no puso en duda el poder de Dios –como hizo Zacarías^[220], que fue castigado–, sino que puso a prueba los elogios del mensajero, que son los que la habían inquietado por poder proceder del maligno. Sólo cuando se le dijo que Dios la haría madre sin concurso de varón supo que el anuncio procedía de Dios, y que la alabanza inicial la había pronunciado un verdadero ángel.

Entonces comprendió que había sido elegida como habitación del Verbo encarnado, como arca viva de la alianza: *“concebirás y darás a luz a un hijo... el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”*. María ha comprendido que Dios ha amado en ella su condición humilde. La razón de su alabanza es claramente la grandeza de Dios. Dios ha mirado desde su altura trascendente a lo más bajo del universo espiritual creado, y la ha elegido a ella como su mansión, como el recinto secreto desde donde desplegará su manifestación eterna a toda criatura. *La humillación no es de ella, la humillación es de su Hijo*^[221], *que se ha abajado al hacerse hombre, al entrar en su seno*. Ella ha quedado realizada por la elección divina, pero en verdad todos los hombres estamos

concernidos en esa «humildad» de María, porque es nuestra condición la que nos hace insignificadamente pequeños ante Dios, y con más razón que María, puesto que tenemos el pecado original y los personales; pero, eso no obstante, al ser elegida ella como Madre del Verbo encarnado, hemos sido elegidos todos, en nuestra pequeñez, como hermanos de Cristo. María se alegra en su espíritu *gracias a su fe*, que es la mayor que haya tenido cualquier otra criatura, y por eso, porque sabe por esa misma fe la inmensidad de Dios, que ha querido *tomar* de ella la carne humana y encerrarse en su seno temporalmente, ella se confiesa indigna –por sí misma– de don tan grande, aunque haya sido hecha digna por la elección y la gracia de Dios.

Por segunda vez, tras el *fiat* de la anunciación, María vuelve a llamarse a sí misma «esclava» de Dios, no porque Dios la haya hecho esclava, que la hizo libre, sino porque ella sabe reconocer la radical e incomparable distancia entre Dios y la criatura, así como la impagable deuda que tiene para con su Creador y Señor, tanto que ella se entrega libremente a su servicio. Es propio de los esclavos tener fijos sus ojos en las manos de sus señores para hacer cuanto les manden^[222]: al llamarse a sí misma esclava, nos muestra su plena atención a cuanto le mande el Señor. Ésa es la disposición interna de María, fruto del don de temor de Dios. Con esta libre esclavitud concuerda la confesión de su condición humilde (humana), y queda manifiesta su añadida humildad (virtud). Ella es criatura, criatura libre, perteneciente al género humano –la más baja criatura de entre los seres espirituales–, y al ser elegida para la más alta misión, ella responde como la más humilde de sus criaturas: “*aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*”. Así se convirtió en modelo de reverencia a Dios para ángeles y hombres, siguiendo la inspiración de su Hijo, que ha descendido del cielo y entrado en su seno para obedecer al Padre, y para morir en una cruz por reverencia a Él^[223].

v. 48 (b): “*Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*”
“*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones*”

Nuestra Madre pasa a profetizar, puesto que habla en futuro, y en un futuro que abarca a la humanidad entera. “*Todas las generaciones*” alude a los hombres de todos los tiempos. Aunque señala claramente que “*desde ahora*”, ese ahora no se refiere al momento en que pronuncia su cántico, sino al «ahora» de la Encarnación, a la presencia de su Hijo en su seno. No sólo los que vengan después de la Encarnación, sino también los de antes, los que esperaban la salvación de Dios, la llamarán «bienaventurada» por su consentimiento a la iniciativa redentora de Dios. Ya sus contemporáneos, como Isabel, su prima, y la gente anónima del pueblo, la llamaron así^[224]. Y aunque nuestra Madre no hace referencia directa a los ángeles, pero también éstos por boca del arcángel s. Gabriel^[225], y antes que los hombres, la saludan como bienaventurada al llamarla «llena de gracia» –alabanza jamás hecha a ninguna otra persona humana en la Sagrada Escritura– y «Madre de Dios», pues cuando le dice “*e/*

Señor está contigo”, expresión afín a «Emmanuel», o Dios con nosotros, alude a la elección de María como la virgen madre del Mesías^[226]. Esa salutación, que puso en alerta el alma santa de nuestra Madre, fue entendida en sus justos términos por ella nada más serle aclarado cómo había de llegar a ser madre, y todavía más cuando dijo “*génaitó*” (“hágase”), momento en que el Verbo divino se hizo su Hijo: en ella había tomado cuerpo la grandeza del Hijo de Dios en persona.

María ha entendido la trascendencia de lo que ha acontecido en ella. Toda la humanidad ha quedado afectada por el proyecto de Dios y por su «*fiat*». La razón de su bienaventuranza es la elección de la naturaleza humana como esposa del Verbo, así como su elección personal para ser la mujer de la que tomar la naturaleza humana por obra del Espíritu Santo. Y eso es lo que todas las generaciones cantarán: “*la misericordia y la fidelidad se encuentran*”^[227], es decir, el mayor acontecimiento de la historia, el encuentro de la misericordia que baja del cielo (Cristo) con la fidelidad que brota de la tierra (María). Eso es la Encarnación, la razón de la bienaventuranza de María y nuestra.

En contraste abierto con la humildad de su condición y de su voluntad (virtud), María es entre todos los patriarcas, profetas y santos la única que ha proclamado abiertamente su propia grandeza con plena verdad: *me llamarán bienaventurada todas las generaciones*, y con razón. La propia María se reconoce bienaventurada, y profetiza que *todas las generaciones* (pasadas, presentes y futuras) la llamarán así. Esas palabras concretas certifican que *sólo ella pudo pronunciar el Magnificat*: nunca nadie se hubiera podido atrever a elogiarse tanto y con tanta verdad. Lía, cuando Zilpa, su criada, entregada a Jacob, dio a luz a Gad, había dicho: “*¡qué felicidad! Seguro que las mujeres me felicitarán*”^[228]. Su prima Isabel dice al saludarla casi lo mismo: “*Bendita tú entre las mujeres*”. Pero María va mucho más allá. Salta a la vista la diferencia, ante todo por la disparidad entre «*las mujeres*» y «*todas las generaciones*», y también porque las palabras de Lía no son un cántico de alabanza ni tan siquiera están, al parecer, dirigidas a Dios. Con su cántico María hace suyo el don recibido de Dios, y proclama la verdad: ella será aclamada *por toda la humanidad* por razón de la obra que ha hecho Dios en ella, la Encarnación. Los que quieren empujarla no sólo van contra lo que harán *todas las generaciones*, sino que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen: ¿quién se ha atrevido en toda la historia sagrada a decir con verdad algo semejante de sí mismo? ¿No es patente la sabiduría e inteligencia que hacen falta para afirmar lo que afirma la humilde María? No dice que en el futuro será bienaventurada, sino que es «*desde ahora*» bienaventurada, porque la Sabiduría e Inteligencia personales (Hijo) así como las donales (Espíritu Santo) residen en ella, en su seno y en su espíritu, respectivamente. Si nadie más que la «*llena de gracia*» podía proclamar tal alabanza de sí misma sin mentir ni caer en pecado de soberbia, no podrá ser, entonces, s. Lucas el que, habiendo encontrado este cántico en el ambiente de los «*pobres*», se lo haya atribuido a María^[229]: es el Espíritu Santo quien lo ha puesto en su boca, y Dios no engaña. ¡Caprichos de vanos filólogos^[230]! No sé por qué unos

anónimos «pobres» habrían de ser más inteligentes y sabios que la Madre de Dios; como tampoco existe razón alguna para que se admita (con acierto) la autoría de Ana respecto de su cántico y, en cambio, se niegue la de María, ¿acaso era Samuel más que Cristo, o más grande el Espíritu que inspiró a Samuel que el que hizo de María templo viviente de la divinidad? Ella sabe y proclama que la razón de su bienaventuranza está en su Hijo. Así nos enseña cómo ha de ser la verdadera humildad: reconocer y agradecer los dones divinos, que dan contenido a nuestros méritos, los cuales se reducen a decir: “*génoitó*”, háganse en mí los planes de Dios. ¡Aprended, detractores de su grandeza, a creer y a reconocer la verdad por encima de criterios reductivamente humanos; aprended de María, que es la Madre y Doctora de los Padres y doctores de la Iglesia!

v. 49: “*Quia fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*”

“*Porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo*”

Estas palabras continúan dando razón de su cántico de alabanza y completan el sentido del versículo anterior: Dios ha puesto sus ojos en la humanidad, y entre todos los humanos la ha elegido a ella, para que, aceptando libremente el ofrecimiento divino de la Encarnación, dé entrada a su Hijo entre los hombres. Pero, en especial, este versículo resalta el origen de su bienaventuranza y de la alabanza que recibirá de todos los hombres: *ha sido Dios, el Omnipotente, el que ha hecho estas maravillas en ella.*

El espíritu entero del Primer Testamento late en estos versículos: es Dios quien realiza nuestras empresas^[231], con Él hacemos proezas^[232], pues las obras del hombre son vanas^[233], mientras que los planes de Dios subsisten por siempre^[234]. Por eso, la gloria no es para nosotros, sino para su nombre^[235]. Pero en María todo eso alcanza una verdad mayor: realmente lo que Dios ha hecho en ella sólo Él podía hacerlo y *de modo personal*, es decir, no delegado ni intermediado. Las guerras que ganó y las proezas que realizó con los israelitas las llevó a cabo con su poder sobre el mundo y los hombres, haciendo que ellos obedecieran su voluntad; pero la Encarnación la llevó a cabo el Verbo en persona y haciéndose obediente. En realidad, no fue sólo Dios quien realizó las «empresas de María», fue ella quien hizo suya la *gran empresa de Dios en la historia*: ella aceptó ser la Madre de la que fuera formada la humanidad de Cristo, por obra de Dios trino sin intermediación alguna ni de ángeles ni de hombres (salvo ella misma) ni del mundo (salvo su cuerpo). Ahora comprendemos mejor el «*megalynai*» inicial: ella canta las grandezas del Señor como ninguna otra criatura, porque Dios ha hecho *en ella* la mayor de sus hazañas. Si la creación es una obra ingente de Dios, y mayor aún es la elevación o la llamada de sus criaturas personales al orden sobrenatural, lo máximo que Dios ha hecho *ad extra* ha sido la Encarnación, y esa suprema obra la ha hecho *en ella*. Como dice el Salmo 92: “*Tus acciones, Señor, son mi*

alegría, y mi júbilo las obras de tus manos. ¡Que magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus diseños!"^[236].

Este versículo 49 del *Magnificat* es difícil de traducir, porque el dativo «*moi*» no se sabe si quiere decir «(par)a mí» es decir, a mi favor, «en mí», o «por mí». Todos esos sentidos son admitidos con verdad por el texto, puesto que la Encarnación ha sido hecha, «por (medio de)» el *fiat* de María, «en (la carne de)» María y «a favor» (primero) de ella, como puerta de entrada para alcanzar (después) a todos los demás hombres. Pero no parece posible asignar a una palabra tan breve tantos sentidos a la vez, ¿cuál es, pues, el sentido literal de esa voz? La cosa no es banal, porque lo que se juega en esos matices es el sentido de *nuestra participación* en la obra de Dios. Para entender esa participación, Sto. Tomás de Aquino propuso la metáfora del *instrumento*^[237]: el instrumento no es la causa principal del producto, sino aquello por cuyo medio el verdadero agente lo produce. La metáfora estaba ya sugerida en la Sagrada Escritura^[238], pero no pasa de ser una metáfora: ante todo, porque Dios no necesita de instrumentos, sino que con su sola palabra hace lo que dice; y en segundo –y no menos importante– lugar, porque las personas no somos medios o instrumentos^[239], y para Dios menos que para nadie, puesto que nos hizo a imagen y semejanza Suya, siendo Él el fin de toda la obra creada^[240]; de modo que somos (más que) fines^[241]. Por otro lado, s. Pablo sugiere que se trata de una *colaboración* como la que existe entre el que planta y el que riega, siendo Dios el que da el crecimiento y, por tanto, el fruto^[242]. La colaboración del agricultor está analógicamente más cerca de la dignidad del hombre que la metáfora del instrumento, y concede a Dios igualmente la primacía en la obra. Sin embargo, me parece aún más adecuada la indicación de s. Agustín cuando dijo que Dios corona sus dones cuando premia nuestros méritos^[243]. Y la razón por la que me parece más adecuada estriba en que ella expresa la unión de la actividad divina y de la del hombre en términos propios, no metafóricos, a saber: en términos de *donación*. La actividad propia de Dios es el dar^[244], actividad personal, pero que requiere la aceptación (también donal) del dar por nuestra parte. Nuestro mérito y colaboración consisten en aceptar y hacer nuestros los dones de Dios. María ha sido hecha Madre de Dios, don supremo para una criatura, por iniciativa enteramente divina en la que toma parte la Trinidad entera –cada persona divina de un modo–, y de la que ella es también perfectamente aceptadora. Por eso, quizás si se interpreta el «*moi*» como dativo ético se está más cerca de entender la letra del *Magnificat*: «Porque *me* ha hecho obras grandes el Poderoso». El dativo ético señalaría la participación de María en la Encarnación y en la salvación de todos los hombres, reconociendo humildemente que es un don íntegramente divino: ella se ha limitado a aceptarlo y hacerlo suyo. Me parece la manera más sencilla de recoger e indicarnos *todos* los posibles sentidos verdaderos de su participación en la obra sin igual de la asunción de la naturaleza humana por el Verbo: es don hecho, primero, *a ella* (maternidad divina), *por medio* de su *fiat* y *en* su seno, pero don que afecta a todos y al que ella *ha vinculado* libremente todo el interés de su alma.

El *Magnificat* se hace, pues, eco del anuncio angélico y refleja la comprensión que nuestra Madre tenía de ese gran misterio. Dicen, en cambio, algunos creyentes insensatos, que María –que, según ellos, apenas sabía nada– no se había enterado del contenido del mensaje angélico. ¿Pues quién nos lo dio a conocer? ¿Y quién lo había guardado en su corazón con tal fidelidad que constituye el primer anuncio de la Trinidad Santa? Para revelar el misterio de la Encarnación a María, el mensaje del ángel hubo de aludir, además de al Hijo, al Padre, y al Espíritu Santo, pues aunque no era la Trinidad entera la que se encarnaba, sino sólo el Hijo eterno, las otras dos Personas actuaban al unísono con el Verbo. María fue la primera persona a la que fueron revelados y que conoció conjuntamente los misterios inseparables de la Encarnación y de la Trinidad. ¿Tan superficiales son que piensan que Dios pudo pedir permiso a María para encarnarse sin que la iluminara para entender lo que le estaba pidiendo? ¿A qué, entonces, habría dicho María su «Sí» (*fiat*)? Atentos: no estamos hablando de una acción humana, sino divina. Como hombre, puedo entender fácilmente que, por debilidad, alguien se adhiera o comprometa a algo sin saber suficientemente lo que significa. Pero ¿podría Dios admitir el «Sí» *que cambió la historia* sin que María hubiera sabido lo que le estaba proponiendo? ¿Para qué habría enviado un ángel y le habría dado tan larga explicación, si ella no se iba a enterar de nada? ¿Acaso es que Dios no sondea los corazones y penetra los pensamientos^[245], es decir, no sabía lo que necesitaba María para entender? ¿O es que el Altísimo no sabe hacerse entender? *Absit*. Las palabras que escuchó atentamente María eran las precisas para que supiera ella a lo que la estaba invitando Dios, y son de las más densas de toda la revelación, pues resumen los dos mayores misterios, la Encarnación y la Trinidad. Y sabemos que María las entendió, porque Cristo tomó de ella la naturaleza humana, o sea, porque admitió su «*fiat*». Inferid de ahí el don de inteligencia de María.

Dicen, también, algunos que María no es original, que copia las palabras de Ana la madre de Samuel. No es verdad. ¿No es palmario que Ana, la madre de Samuel no dice, ni puede decir, nada parecido a lo que afirman éste y el versículo precedente? La maternidad humana y milagrosa es un gran don de Dios, pero dentro del orden natural; la maternidad divina es una obra portentosa, sin par ni en la naturaleza ni en la gracia. María Santísima ni copia ni repite, sino que deliberadamente alude y da pleno sentido a las palabras de Ana, palabras que –como ya he dicho antes– ella ha elegido precisamente para que nosotros, hijos suyos, tardos de fe, cayéramos en la cuenta de a qué obra divina se está refiriendo ella: *a su maternidad*. Al citarlas de lejos, sin tener que decir más, nos está indicando con cuánta mayor razón que Ana puede hacer suyas esas palabras inspiradas, pues es el Verbo el que se ha encarnado en ella, y ha sido el Espíritu Santo, no un hombre –como Elcaná– el que la ha hecho fecunda.

Dios Padre es el santo, el incontaminable, el inalcanzable por cualquier criatura, ante el que Moisés hubo de descalzarse. El Verbo es también santo como Hijo del Altísimo^[246], y el Espíritu lleva ese sobrenombre en especial, porque lo mueve y vivifica todo en la

creación sin contaminarse con ella^[247]. Cuando María nos dice que ha sido el *Poderoso* el que ha hecho obras grandes en ella y *añade su nombre* (Santo), nos está indicando a quién va dirigida su alabanza llena de gratitud: al *Santo Dios trino*. Resuenan aquí el Salmo 99, y el 111, así como el profeta Isaías^[248]. Ella ha entendido con claridad y creído con fe firme lo que el ángel le anunció: que lo que concebiría y daría a luz sería el *santo* Hijo de Dios^[249], y que la autoría de semejante hazaña corresponde a la Santísima Trinidad.

María es movida e inspirada por el Espíritu Santo a cantar las maravillas de Dios, en especial su maternidad divina, que la incluye a ella misma entre esas maravillas. Por eso, su aparente auto-elogio anterior no es más que el ejercicio más alto de la inteligencia humana: alabar a Dios por lo que, a través de ella, nos ha dado a *todos los hombres* y a la creación entera. ¿Una mujer aldeana, dicen? Nadie ha sido nunca tan universal y cosmopolita como María, ella ha tenido presentes a todos los hombres, pero sabiendo y agradeciendo de dónde le viene ese privilegio. Cada uno de nosotros recibe la fe de las generaciones anteriores, da testimonio de su fe a su generación, y la transmite a una o dos generaciones siguientes, los grandes santos la traspasan a muchas generaciones, pero sólo Cristo y María la comunican a todas^[250]. Sin embargo, no es María como el fariseo que al orar en el templo da gracias a Dios por no ser como los demás hombres^[251]. Ella realmente no es pecadora, ningún pecado la ha rozado ni tan siquiera, en verdad no es como los demás hombres, pero eso es don íntegro de su redentor, de su Hijo. Reconocer la verdad es la humildad^[252]. No somos nosotros poseedores de la verdad, ni, menos aún, somos la Verdad en persona; reconocer la verdad es reconocer la sabiduría y grandeza de Dios, y eso hace María: Dios ha hecho en ella, con su consentimiento, la mayor de sus obras, y ella ha resultado, sin duda, la más directamente beneficiada, *pero a favor de todos los hombres y de toda la creación*.

Junto con ella, cada uno de nosotros tenemos que elevar nuestro cántico de alabanza a Dios por habernos elegido desde toda la eternidad para existir, por los dones naturales que nos ha concedido, por los bienes corporales y espirituales con que ha adornado nuestra existencia, por los males corporales y espirituales de los que nos ha preservado, por la misericordia que ha tenido con nosotros al enviarnos a su Hijo para salvarnos del pecado, por haber mantenido con el don del Espíritu Santo la fe en los miembros de la Iglesia durante tantos siglos, por habernos otorgado nacer de unos padres cristianos y en una nación cristiana, por habernos llamado uno a uno en el bautismo y acompañado en nuestra debilidad con los sacramentos, por haber despertado y movido nuestro corazón (inteligencia y voluntad) a amarle por encima de todas las cosas, por habernos alimentado con su cuerpo, y por seguir perdonando nuestros pecados y defectos, etc., etc. Podemos, sin equivocarnos ni mentir, decir con María: porque el Poderoso ha hecho grandes obras, inauditas obras, en mí, pobre e indigno pecador.

Sin embargo, en María la obra de Dios ha sido manifiestamente más grande que en todos los demás humanos. ¿Quién puede imaginar o pensar todo lo que pasó en su corazón durante los nueve meses de su embarazo? Nadie más unido corporalmente al Verbo encarnado que ella. Si los santos se arrobaban y entraban en éxtasis al unirse espiritualmente con Dios o al comulgar, ¿qué gracias extraordinarias no le daría su Hijo mientras estaba alimentándose de ella, mientras iba creciendo en este mundo merced a ella? Esa unión corporal con el cuerpo de Cristo, en el que habita la plenitud de la divinidad^[253], la santificó de tal manera que le enseñó a discernir connaturalmente qué es lo que le agrada a Dios, cómo tenía que pedirle cosas para nosotros, qué tenía que hacer y decir en cada momento, incluso cuando era probada por Dios, como cuando Jesús niño se perdió en el templo, o cuando estaba al pie de la cruz. Así la preparó la Trinidad para la gran tarea que le esperaba, pues entre los seres humanos ser madre no es una tarea de nueve meses, sino para toda la vida, pero ser la Madre de Dios es aún más, es aceptar una tarea para toda la humanidad y para toda la creación, y cuyo honor dura toda la eternidad.

v. 50: *“Et misericordia ejus a progenies in progenies timentibus eum”*

“Y su misericordia llega a sus fieles [los que le temen] de generación en generación”

Rimando con el Salmo 103, 17^[254], las palabras de María muestran aquí haber entendido la razón secreta de la Encarnación y, por tanto, de su bienaventuranza, a saber: la misericordia de Dios, que llega sin distinción de razas o culturas a los que le temen, de generación en generación. Lo que los ángeles no pudieron conocer, pues sólo conocieron la justicia divina, eso es lo que nos revela Cristo y señala María.

Las generaciones aparecen mencionadas en el *Magnificat* por dos veces (vv. 48 y 50) y con el mismo alcance católico o universal, inaccesible –en verdad– para un espíritu aldeano o nacionalista. María muestra haber entendido perfectamente la historia de la humanidad: es una sucesión de generaciones, una historia de fecundidad, venida a menos por el pecado original y personal, pero rescatada por la misericordia divina, que renueva de generación en generación su ofrecimiento donal, y cuyo eje es precisamente la encarnación del Verbo, su Hijo. Sin las madres (y los padres) no cabe la historia. Cuando la mujer sin renunciar al sexo se cierra a la maternidad por razones egoístas, la mujer se cierra a la sociedad, se cierra a la humanidad, se cierra a la historia. María es la apertura de la historia humana a la acción salvadora de Dios, es decir, a la universalidad *plena* del ser humano.

Cierta manía persecutoria contra el temor de Dios ha alterado en nuestros días la letra del texto sagrado, poniendo «sus fieles» allí donde el Espíritu Santo dice «los que le temen». Estos traductores temen más a la ineptitud de los hombres para entender las Escrituras que a la sabiduría de Dios y al poder de su inspiración; muy por el contrario, la sabiduría divina quiere que superemos nuestra ignorancia y nuestra pereza, tanto

que no se recata de decir «los que le temen». El temor de Dios es un don, un don que es atribuido a Cristo mismo por Isaías^[255], y que la *Epístola a los Hebreos* matiza como reverencia^[256]. Si Cristo, Dios hecho hombre, ha tenido en su humanidad este don, y todo hombre debe pedirlo y tenerlo, como nos enseña el evangelio^[257], ¿por qué alterar el texto sagrado? ¿Acaso parece confuso? Será porque no se sabe leer bien, porque siendo bueno todo temor a Dios, existe uno que no puede faltar ni en los cielos: *el temor filial*. ¿Que se quiere facilitar a la gente sencilla la asimilación de la Sagrada Escritura quitándole problemas de intelección? Es un error, estáis impidiendo que crezcan en la fe. Los problemas (de intelección) en las Escrituras están permitidos por Dios, para que crezcamos en inteligencia y sabiduría^[258]. Nuestra Madre dijo, inspirada por el Espíritu Santo, que la misericordia de Dios llega *a los que le temen*, y María es más sabia que nosotros, ¡cuánto más el Espíritu Santo que la inspira! María no tiene dudas ni nos permite tenerlas: la misericordia del Señor llega *a todos* los que le *temen* de generación en generación. ¿Pero cómo, si generaciones y generaciones de hombres ni tan siquiera han tenido noticia de tal misericordia? Ésa es la apariencia, no la verdad real, porque nadie ni nada nos puede separar del amor (misericordioso) que Cristo nos ha tenido al encarnarse^[259].

II.2. *Parte Segunda* (vv.51-53): la alabanza de la obra de su Hijo.

v. 51: “*Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui*”

“*Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón*”

Nuestra Madre pasa a contar las maravillas del plan salvador de Dios en la historia humana, y se apoya en el espíritu y en la letra de toda la Escritura. Así el Salmo 89 dice: “*con el brazo de tu poder dispersaste a tus enemigos*”^[260]; el Salmo 80 había pedido: “*Despierta tu poder y ven a salvarnos*”^[261]; Isaías había profetizado: “*Mirad el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda*”^[262]; y el pueblo de Israel en las tribulaciones suplicaba la ayuda del brazo de Dios^[263]. La propia Ana, madre de Samuel, en su cántico termina diciendo: “*Él da fuerza a su Rey, / Y exalta el poder de su Ungido*”. Estos dos versículos sugieren lo mismo: Dios da fuerza a su Mesías y engrandece su poder por encima de todo otro poder.

Pues bien, lo que los escritores sagrados habían alabado, los profetas habían vaticinado e Israel había pedido es lo que María nos anuncia que ya ha sucedido: Dios “*ha hecho el poder en su brazo*” (*fecit potentiam in brachio suo*^[264]), ha dotado de poder (*krátos*) a su brazo. El brazo es, en el citado Salmo 89, en Isaías, y en general en la Biblia, una metáfora del poder de Dios *en la historia*^[265]. ¿Expresarán, entonces, las palabras de María una mera reiteración retórica: «ha dotado de poder a su poder»? No. María sabe, porque le ha sido anunciado, que el poder (*dýnamis*) del Altísimo, la cubrió con su sombra, como la nube cubrió con su sombra al pueblo de Israel en el desierto, y al igual que la nube descendía en el desierto sobre la tienda del

encuentro^[266]. La sombra es aquí la presencia personal del Poder de Dios, que es su Palabra, por cuyo medio creó todas las cosas. El poder de que ha dotado a su brazo es, pues, el Verbo divino. Por otro lado, sabemos que a Cristo, Palabra encarnada, le fue dado todo poder en el cielo y en la tierra^[267], evidentemente en su humanidad, porque en su divinidad ya lo tenía. Por tanto, el brazo de Dios aquí puede ser entendido como la humanidad de Cristo, y, siendo el Verbo el Poder de Dios, lo que significaría esa breve frase en boca de María es, sencillamente, la Encarnación. Isaías lo había adelantado proféticamente: *“el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios”*^[268]. Las palabras de María *«Dios ha otorgado su poder a su brazo»* resumen, pues, brevísimamente lo que Dios ha obrado en su seno.

Repito: el poder de Dios es su Palabra, el Verbo divino, y ese poder ha sido comunicado a su brazo, a la humanidad de Cristo, por asunción. Se trata de otro modo de decir *“et Verbum caro factum est”*. Así lo entendió Zacarías, que había escuchado el *Magnificat*, e incluyó esa idea en su *Benedictus*: *“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo”*. Dios ha cumplido su promesa de visitar y redimir a su pueblo, al suscitar *una fuerza de salvación*^[269] en María, de la casa de David. La obra de la salvación es, pues, la serie de proezas divinas que Dios Padre hace con su brazo, pero la mayor de ellas, su eje, aquella que implica y revela todo el poder de Dios, es la Encarnación. Para entrar en la historia humana y redimirla, Dios ha querido revestir (ontológicamente) de humanidad a su Palabra, a la misma que hace lo que dice^[270] y que no vuelve a Él vacía^[271], pero a fin de que, en esta primera venida, no utilizara otro poder que el de la misericordia. En suma, si el brazo que Dios ha dotado de poder es Cristo^[272] —el Verbo (poder de Dios) encarnado—, entonces María nos va a narrar en lo que sigue lo que ha hecho su Hijo, brazo de Dios.

Con su sola encarnación, Cristo *dispersa a los soberbios de corazón*. Ninguna criatura que esté infatuada de su inteligencia considerará posible la proeza de la encarnación divina. A ella se opusieron los ángeles caídos^[273], y a ella se oponen los humanos engreídos y autosuficientes. Es cierto que esta proeza sobrepasa la sabiduría humana y angélica, pero por eso mismo sirve de medida para separar a los humildes de los soberbios. Quien la admita estará confesando que la sabiduría y el poder de Dios superan a la sabiduría y el poder del hombre, quien la niegue estará igualándose o poniéndose por encima del poder y sabiduría de Dios. De este modo, la mera Encarnación sirve de piedra de toque para la salvación, de piedra de escándalo, como dijo Simeón: *“éste... será un signo de contradicción,...para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones”*^[274].

Los que se oponen más radicalmente a Cristo, Dios hecho hombre, son los soberbios. Nietzsche entendió que si existe algún Dios verdadero, ése es Cristo; pero como él no quiere aceptar a Dios, entonces rechaza a Cristo, la Verdad, el Dios de la misericordia y del perdón, y se erige a sí mismo en dador único de sentido, o sea, en diosecillo

humano, en superhombre. Los soberbios son los que rechazan la misericordia de Dios, los que se aman más a sí mismos que a la Verdad, y por eso rechazan ser amados por encima de lo que ellos se aman a sí mismos.

Pues bien, esos soberbios son dispersados por la humillación de Cristo. Hacerse hombre es una humillación ontológica para el Verbo, pero es una humillación que expresa de otro modo la divina reverencia del Hijo hacia el Padre, y por ello cabe que el Hijo la haga suya^[275]. Como dice mi maestro, L. Polo: *“El anonadamiento no es un empequeñecimiento del Hijo relativo a Sí Mismo (hipótesis sin sentido) ni una limitación de la Infinitud. La humillación es relativa tan sólo al Padre, ya que en el Hijo sólo cabe la posibilidad de anonadarse si se mantiene su carácter personal de Expresión –de Palabra– del Padre. La Encarnación no es indigna del Verbo: la fe descubre en ella, por decirlo así, un modelo más de Expresión”*^[276].

Esa humillación personal del Verbo (en su humanidad) ante el Padre expresa un amor misericordioso inconcebible para cualquier criatura: un amor que ama incluso al que no lo merece, y así quebranta toda soberbia. Desde ahora nadie podrá pensar a Dios como distante y ocupado en lo suyo: Dios mismo ha roto los protocolos, el santo e incontaminado ha hecho suya la pequeñez del hombre e incluso su miseria^[277]. Pero, ¡oh increíble proeza!, no es Dios quien pierde altura, sino el hombre y toda la creación los que la ganan: todas las criaturas pueden quedar incluidas en la vida trinitaria, en las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; sólo los soberbios quedan excluidos por la humillación del Hijo, y su exclusión reviste la forma de dispersión.

La dispersión aparece en la Sagrada Escritura en el relato de la torre de Babel^[278]. La palabra humana sirve a Dios de medio para dispersar la soberbia del hombre, pues aunque por su esencia debería unir, lleva a la fragmentación de las naciones al ser convencionales sus signos. También Israel vio varias veces castigada su infidelidad a Dios con la dispersión entre las naciones^[279]. La soberbia es castigada con la dispersión, porque Dios ha querido que en el pecado esté el castigo^[280]. La soberbia es dispersante: la caridad une, la soberbia divide. La soberbia termina en la incomunicación, rechaza a Dios, rechaza la verdad, convierte la comunicación en manipulación que disuelve toda comunidad. Nuestra Madre, María, nos indica incluso el modo en que los soberbios han sido dispersados por Cristo: *por el pensamiento de su corazón* [de los soberbios] (*dianoia kardías auton*). El Señor no ejerce violencia alguna, es el propio pensamiento de los soberbios el que los dispersa: son ellos los que se van cada uno en solitario^[281].

Desde este versículo se puede entender mejor el relato del *Apocalipsis* en que el Dragón, la antigua serpiente, el Diablo o Satanás, fue arrojado a la tierra. Fue Cristo, el Hijo de la Mujer vestida de sol, el motivo de la lucha entre los ángeles, entre los que no admitían a un Dios hecho hombre y aquellos que lo adoraban, aun teniendo una naturaleza humana, por ser el Hijo de Dios. La lucha de los ángeles, espíritus puros, fue una lucha de inteligencias y voluntades; y por el poder luminoso del Verbo encarnado, los propios demonios se alejaron de Dios convictos de soberbia por el pensamiento de

su corazón^[282]. Para entorpecer la obra de Dios en el hombre vinieron a refugiarse a la tierra, el escenario en el que Cristo los había de derrotar definitivamente al hacerse hombre y morir por nosotros. Eso que les aconteció a los ángeles caídos les acontece a todos los soberbios: no sólo se alejan de Dios, se alejan también de toda comunicación, se encierran en sí mismos, queriendo ser la medida de todo cuanto existe. Mas, ¡ay de los solitarios!^[283], pues serán tormento para sí mismos.

El texto del Apocalipsis, que pone en relación a María y a la Iglesia con la lucha entre los ángeles, nos abre los ojos ante el gran misterio que se encierra en nuestra existencia terrenal. Nosotros apenas vemos nada, pero la verdadera epopeya que se ventila en nuestros días –al igual que en cualquier otro momento de la historia– es la que acabamos de leer en el Apocalipsis y nos describe s. Pablo: *“porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire”*^[284]. En la estrechez de nuestro reducido círculo vital los cristianos, a veces, no nos damos cuenta de la trascendencia de nuestro vivir cotidiano, nos parece estar solos, no influir para nada en los demás, por ser nuestras obras insignificantes. Todo eso nos pasa porque no tenemos presente la Encarnación y su victoria. Sobre todo los niños y las personas mayores tienen demasiado clara su pequeñez y aislamiento, pero también los cristianos normales podemos perder de vista la importancia de nuestras aparentemente minúsculas acciones. No es así; en las pequeñas cosas que están a nuestro alcance, estamos librando la batalla colosal del bien contra el mal, de la luz contra las tinieblas, de Cristo contra el pecado. No hay tregua ni descanso en esa lucha: cuando dormimos, cuando rezamos, cuando paseamos, en todo lo que hacemos estamos participando en la victoria de Cristo sobre el pecado, y ella nos está preparando para reinar con Él. Nuestras nonadas y nuestras grandes conversiones entran a formar parte de la historia de la salvación, de la verdadera historia universal, en la que participan todos los hombres, unos para bien, otros para mal, y cuya ley es la victoria de la misericordia divina sobre la soberbia humana. Sólo quien no acepta la misericordia, o no la concede, queda derrotado para siempre. Por eso podemos alzar nuestra voz con la de María y decir: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador,... porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí”*.

v. 52: *“Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles”*

“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”

Otra vez resuenan ecos del cántico de Ana, pero con un sentido nuevo, más amplio. Ana afirma que *“el Señor desbarata a sus contrarios”* (v.10), que *“El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece”* (vv. 6-7). Y también Job había dicho: *“Él dispone de fuerza y eficacia, suyos son el engañado y el que engaña; conduce descalzos a los consejeros, hace enloquecer a los*

gobernantes; despoja a los reyes de sus insignias, les ata una soga a la cintura^[285]. La mirada de María es más universal, no se dirige sólo a los israelitas y a todos los hombres, sino incluso a los ángeles. Lo que Dios ha hecho al encarnarse el Verbo, elegir a los de condición ontológica más baja para hacerse semejante a ellos, ha cambiado el orden natural de las criaturas. Las palabras del protoevangelio, “*la descendencia de la mujer quebrantará su cabeza*”, se reconocen aquí cumplidas: los poderosos (Luzbel y secuaces) han sido derribados; la pequeñez de los hombres ha sido enaltecida. La jerarquía de las criaturas ha sido invertida: también los ángeles han de ser iluminados por Cristo, y aprender de Él y de la Iglesia –su Cuerpo místico– el misterio de la redención. Al propio Cristo, que era en su naturaleza humana algo inferior a los ángeles, lo ha puesto por encima de todo, pues una vez asumida por el Verbo ésta es adorada por ángeles y hombres^[286], y toda criatura le está sometida^[287]. Naturalmente, el nuevo plan de Dios afecta, sobre todo, a la historia humana. Por «poderosos» en la Biblia pueden entenderse los reyes^[288], o sencillamente: los famosos^[289], los hombres fuertes físicamente^[290], o los que tienen poder militar y político^[291]. Pero «poderosos» aquí son los que usan del poder como si fuera suyo y no venido de Dios. El poder, como la riqueza^[292], viene de Dios^[293], pero precisamente por eso, el que recibe poder de Dios no debe considerarse superior por su poder, sino servidor, como Cristo, que no ha venido a ser servido sino a servir^[294]. El trono del que depone Dios a los *poderosos* es aquel sobre el que ellos mismos se suben cuando usan a favor propio el poder que se les ha otorgado para el bien común. A todos ellos los humillará Cristo^[295], cuya mera y simple encarnación es ya una victoria sobre los poderes de este mundo.

Con solo haber recibido en su seno al Hijo de Dios, María, nuestra Madre, ha entendido el gran misterio guardado por los siglos. Los judíos esperaban un gran rey por Mesías, un señor colmado de honores y riqueza, que haría de Israel el más poderoso de los pueblos. A María le bastó con oír el anuncio angélico y recibir a su Hijo para comprender la coherencia de los planes de Dios. Dios no es como los hombres. Es tan grande que no necesita ser «grande» al estilo humano, no necesita los honores ni los poderes humanos, pues Él los sobrepasa a todos. Al ser la asunción de una criatura por una Persona divina la única humillación, o abajamiento, posible para la divinidad, pero a la vez la mayor de todas las humillaciones –por no existir mayor distancia que la que media entre Dios y las criaturas^[296]–, es congruente que entre todas las criaturas asumibles haya elegido al hombre, la más baja entre las criaturas espirituales. Y si para elevar a su Vida a la creación entera, ha escogido una criatura tan humilde como el hombre, que además está en situación de postración por el pecado, lo congruente es que, también entre los hombres, sin perder nada de su trascendencia, escoja el estado más humilde y sencillo, la pobreza, que no es la miseria humana –que incapacita–, pero sí la ausencia de honores, de poderes y de riqueza material. Todo esto, y mucho más, está implícito en la sola Encarnación^[297], con la que ha dispersado a los soberbios y depuesto del trono a los poderosos.

Pero «poderosos» son también los que no quieren perdonar, los que subidos en el trono de su propia dignidad consideran las ofensas de otros como imperdonables^[298]. A éstos también les estorba la Encarnación, porque, al hacerse igual a nosotros en todo, Cristo reparte a todos su misericordia y su justicia, es decir, su salvación, pero ellos o bien quieren ser distinguidos y estar por encima de algunos otros, o bien no admiten compartir el perdón divino con sus enemigos. Se trata de aquellos que excluyen a otros del reino de Dios. Cristo no admite la exclusión, porque Él ha venido a ofrecer la salvación a los excluidos o pecadores^[299], es decir, a *todos* los hombres, y ofrece su misericordia (a todos) *de generación en generación*, como dice María. Con su sola venida, al hacerse hermano nuestro, nos ha dado un mismo Padre adoptivo y nos hecho a todos los hombres hermanos^[300], pero el que odia a su hermano es homicida y no tiene la vida eterna^[301].

Pues bien, por haberse hecho de condición humilde (hombre) el Hijo de Dios, *los humildes han quedado enaltecidos*. Ana, la madre de Samuel, lo había adelantado en su cántico, y el salmo 113, vv. 7-8 lo había repetido: “*Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo*”; y también Job^[302]: “*pone a los humildes en lo alto, en lugar seguro a los abatidos*”. En boca de María –en la coda de este versículo 52 y en el siguiente– queda recogido el espíritu de las bienaventuranzas, que no es otro que el sentido de la Encarnación: el enaltecimiento de los humildes y mansos, de los que sufren y lloran, de los pacíficos, de los puros de corazón, de los perseguidos por causa de la justicia... En suma, esas palabras del *Magnificat* consignan el cambio de jerarquía y de valores aportados por el Salvador. Dios acoge la debilidad humana y la ensalza al hacerse hombre para salvarnos: no tienen necesidad de médico los sanos^[303], ni los justos de salvador, pero todo hombre tiene necesidad de Cristo; y todo el que lo necesita y lo busca, reconociendo su pequeñez y su pecado, lo encuentra, y queda enaltecido al unirse operativamente, mediante la gracia, a su divinidad.

Con estos versos María, nuestra Madre, sigue describiendo, pues, la gran victoria de Dios, obtenida por la Encarnación, sobre los soberbios y los poderosos, que son los enemigos de Dios. Y nos está diciendo lo mismo que el salmo 98, 1: “*su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo*”. María está haciendo justamente lo que dice la letra de ese versículo: “*cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas*”^[304]. Tales maravillas, tales victorias sobre sus enemigos, las ha obtenido el Verbo, brazo y diestra de Dios, ya sólo con encarnarse. Según nuestra Madre nos enseña, los soberbios son dispersados, y los poderosos depuestos de su trono –o sea, de la altura que se han atribuido a sí mismos– por el poder del brazo de Dios, por la humildad de su Hijo, quien, al humillarse haciéndose hombre, está exaltando la humildad y a los humildes, es decir, a los pequeños y a lo pequeño. Así queda resaltado que la inmensidad de Dios no excluye la pequeñez de las criaturas, antes bien la sobreeleva al unirla consigo.

v. 53: *“Esurientes implevit bonis et divites dimissit inanes”*

“A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”

Con palabras literales del Salmo 107, 9^[305], María completa el sentido del gran giro que el Omnipotente introduce en la historia humana y que el cántico de Ana anunciaba (*“Los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan”*^[306]). No habla nuestra Madre directamente de los pobres, sino de los hambrientos –igual que Ana en ese versículo^[307]–, pero refiriéndose a los que tienen *hambre y sed de justicia*, o sea, a los pobres en el espíritu, pues no es pan ni gordura corporal lo que les da Dios mediante la Encarnación, sino sobreabundancia de bienes del espíritu^[308]. La sobreabundancia de bienes es un signo de la Encarnación, porque la sobra mayor que pueda existir es la que nace del encuentro entre la inmensidad de la naturaleza divina del Verbo y la pequeñez de la criatura, en especial de la nuestra, pero que, al ser asumida por Él, sobresale respecto de cualquier otra criatura. Mas esa sobreabundancia de bienes que trae Cristo sólo lo es para los que tienen hambre de Dios, es decir, para los que creen y abren su espíritu a la gracia divina.

Así nos enseña la Escritura que cumple Dios su misericordia para con su pueblo, al que ya le había mostrado su disposición: *“Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti: ¡ojalá me escuchases, Israel! No tendrás un dios extraño, no adorarás un dios extranjero; yo soy el Señor, Dios tuyo, que te saqué de la tierra de Egipto; abre la boca que te la llene”*^[309]. Los hambrientos son los que abren la boca de su alma para que Dios se la llene. Sólo que ahora aquel ofrecimiento divino se dirige a todos los hombres de todos los pueblos.

Sin embargo, a los ricos y satisfechos, es decir, a aquellos que no abren la boca de su espíritu a la superabundante gracia de Cristo, los deja vacíos, pues hasta lo que tienen se les quitará^[310]. La mención de los ricos por parte de nuestra Madre, que no aparece en el cántico de Ana, recuerda al Sal 34, 11: *“los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada”*. Cristo ha invertido con su encarnación el orden natural de los seres creados, tal como hemos visto, pero esa inversión afecta también al orden social de la vida humana: los pobres, los dolientes, los perseguidos, los pacíficos, los misericordiosos serán los bienaventurados, esto es, los que entrarán en el reino de los cielos. Cristo ha venido no como los reyes de este mundo, sino en humildad, a servir, no a ser servido^[311], y ha venido no a salvar a los justos, sino a los pecadores^[312]. No sólo el orden moral humano, también el orden social histórico – además del orden ontológico– recibe un nuevo sentido. Dios ha venido a buscar a los que tienen hambre de Él, a los que le buscan, a los que le necesitan, no a los suficientes, no a los satisfechos con esta vida. Satisfechos de sí mismos no sólo son los poderosos y los ricos en dinero, también lo son aquellos pobres que se auto-complacen en sus obras, en vez de desear los dones más altos. Y, por supuesto, tampoco son pobres en el espíritu los que, ricos o pobres, anhelan las riquezas materiales por encima de todo.

Los versículos que glosó (51-53) parecen contener la única nota negativa en la alegría sin límites del *Magnificat*, es decir, algo de lo que parece no nos podemos alegrar. Los soberbios, los poderosos, los ricos, son dispersados, depuestos, despedidos vacíos, es decir, vencidos por la encarnación de Cristo. ¿Podemos alegrarnos de su derrota? Al incluirlos en su cántico, María nos dice que sí. En efecto, entre esos soberbios, poderosos y ricos nos encontramos, de entrada, todos los hombres antes de conocer a Cristo y a su Espíritu. La victoria de Cristo nos ha liberado de nuestra soberbia, de nuestro auto-ensalzamiento, de nuestra vaciedad, ¿cómo no alegrarnos? Pero, por los que no han aceptado a Cristo, sino que se han enrocado en el rechazo de la misericordia divina, ¿no hemos de entristecernos de su condenación? No. Si Dios, que es Amor y fuente de la misericordia, los condena, justa es su condenación, más aún, elegida por ellos mismos es su condena. Hemos de alegrarnos porque Cristo ha triunfado sobre el mal que nos atenazaba y ha ofrecido el bien supremo incluso a esos que lo rechazan y se condenan. Mas, y el amor de Dios que ha sido despreciado, la misericordia que ha sido despreciada, ¿no son un motivo de tristeza? Fue el principal motivo de la tristeza de Cristo en la agonía de Getsemaní y en el abandono de la cruz^[313]. Él sufrió todo el desamor de las criaturas rebeldes padeciendo en su carne los oprobios de los que ofenden el amor del Padre^[314], pero con tanto y tan gran amor que convirtió esa tristeza en alegría divina, en la alegría santa de quien no puede ser contaminado por el pecado.

María ha aprendido la gran enseñanza que Cristo nos ha dado con su encarnación y con su elección de la pobreza: que los bienes radicales son los bienes del espíritu, no los materiales; que la riqueza más alta y digna del hombre son los dones del Espíritu Santo –junto con sus frutos^[315]– de los que Cristo está lleno^[316] y ha llenado a su Madre. Por eso, los que –satisfechos de su racionalidad humana– piensan que María tuvo que haber sido ignorante, ofenden la dignidad y generosidad de Dios, y parecen no prestar oídos a Cristo cuando dijo: *“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”*^[317]. Dios revela su sabiduría a los pequeños. María, la humilde esclava del Señor, es, entre los pequeños y humildes (humanos), la llena de gracia que ha acogido en su seno la revelación más alta de Dios, el verbo del Verbo. Al ser la Madre de Cristo, en el que están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina^[318], ella es la Madre de la Sabiduría y de la Ciencia, y como fue madre por su fe, libre y generosamente, ha sido colmada de los dones del Espíritu. ¿Acaso se puede ser sabio según Dios y ser un pobre ignorante? Sólo los que estiman menos la sabiduría de Dios que la humana podrían sostener eso.

En esta relación de las proezas de la encarnación de Cristo se advierte, claramente, la catolicidad del entendimiento de María: no se refiere a los soberbios ni a los poderosos *de su pueblo* ni a los hambrientos ni a los ricos *de su pueblo* ni *de su*

momento histórico, ni siquiera *de todo Israel*, sino a todos los soberbios, poderosos, hambrientos y ricos de la historia de la humanidad. María profetiza, nos adelanta el mensaje evangélico e incluso el criterio del juicio divino.

María muestra haber entendido perfectamente el plan divino que le fue revelado a ella, antes que a ningún otro, en la anunciación^[319]. Si recordamos el relato angélico de la obra divina de la Encarnación, memorizado por María, vemos que en estos últimos versículos (51-53) del *Magnificat*, ella se ha referido al dominio que su Hijo ejerce sobre la historia humana^[320]: lo ha cambiado todo, el orden ontológico, el orden social e incluso el sentido de la historia. Como dirá más tarde s. Pablo, *Cristo posee energía para sometérsele todo*^[321]. Pero ese poder de nuestro Señor no se limita a lo más grueso, llega también a los pequeños detalles. No importa cuál haya sido tu papel en la sociedad ni en la historia, es tu fe y tu unión con Cristo lo que más influirá en los demás, lo que decidirá tu puesto en el Cuerpo místico. No importa si lo que haces es muy relevante o no, ni si de ti dependen grandes o pequeñas cosas, es Cristo quien hace tus obras contigo, y por eso tienen un valor incomparable. Lo único que importa es la apertura de la boca de tu espíritu, tu aceptación de la iniciativa divina, tu «*fiat*», tu fidelidad a su Espíritu, el resto lo ponen Él y el Padre.

II.3. *Parte Tercera* (vv. 54-55): la alabanza de la misericordia de Dios para con el pueblo santo.

v. 54: “*Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae*”
“*Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia*”

Empieza aquí la tercera parte del *Magnificat*. Es muy breve, pero densa. En ella María habla de Israel, su pueblo, el pueblo santo de Dios, avanzadilla de la Iglesia. Dios ha cuidado siempre de su pueblo con mimo, lo ha envuelto, sustentado y cuidado como a la niña de sus ojos^[322], pero ahora lo ha tomado y unido consigo *personalmente*. Aunque el traductor vierte «auxilia», *antilambano* en griego sugiere cierto intercambio, algo así como «tomar a cambio». En esto se contiene una nueva alusión a la Encarnación. Por el mero hecho de encarnarse y unir consigo la carne tomada de María, su Hijo *ha acogido a cambio* a su siervo, Israel, ofreciéndole convertirse en hijo adoptivo de Dios. ¿Y qué tendrían ellos que hacer para acceder a este intercambio tan desigual? Ofrecerle su fe y obediencia, cosa que ha encontrado pleno cumplimiento en María. Una alianza consta siempre de dos partes, pues se ha de dar entre –por lo menos– dos, sean personas, pueblos, o una combinación de ellos; y, además, lleva consigo algún intercambio entre ambas partes. Al aliarse con Israel, a Dios le corresponde algo en Israel, y viceversa a Israel algo en Dios. Lo que en virtud de la alianza toma Dios de Israel es la carne de Cristo, por medio de María; lo que alcanza Israel al ser tomado como pueblo de Dios es tener al Verbo encarnado entre sus hijos, y así poder ser sus hermanos. Israel ha servido de mediador para toda la humanidad:

ha mediado la carne del Salvador^[323]. ¡Gracias les sean dadas por toda la humanidad! Y, en especial, ¡gracias a María de Nazaret, la Madre de Cristo, cuyo «génoitó» ha hecho posible el cumplimiento de la alianza, por cuya virtud Israel alcanzó en parte y alcanzará al final su plenitud en Cristo!

De nuevo es citado aquí, casi literalmente, el salmo 98, ahora en su versículo 3: “*Se acordó de su misericordia y fidelidad a favor de la casa de Israel*”. No cabe duda de que también dicho salmo ha servido de inspiración al *Magnificat*, pero de manera que en boca de María cobra sentido pleno. Ésta es la segunda vez que menciona, nuestra Madre, la misericordia divina. La primera vez se refería a todos los que le temen, sean del pueblo que fuere. Pero María sabe que su Hijo viene a redimir, ante todo, a Israel, al pueblo elegido, como le ha anunciado el ángel^[324]. Y a eso se refiere aquí. El brazo poderoso de Dios viene en auxilio de los israelitas: “*He sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel*”, dirá Cristo^[325].

La alusión a la memoria o al recuerdo de Dios es constante tanto en la Ley (*Génesis, Éxodo*, etc.) como en los profetas (*Isaías, Jeremías, salmos*, etc.), y, puesto que Dios no necesita recordar nada, lo que significa es que, al igual que la iniciativa de la alianza partió de Él, así también es renovada por Él generación tras generación: Dios no cambia sus promesas, sino que las mantiene constantemente a los hombres que se van sucediendo; *Dios es fiel*. Como aclara s. Agustín, “*se dice que Dios se acuerda cuando hace [algo favorable], y, en cambio, que se olvida cuando no lo hace*”^[326]. María está aludiendo, pues, a la gran acción de Dios a favor de su pueblo, aquella para la que éste ha sido elegido, que es también la obra más altamente misericordiosa de Dios: para dar a conocer su salvación y revelar su justicia a las naciones^[327]. Pero en el salmo 98 junto a la alusión a la memoria se menciona expresamente la fidelidad de Dios^[328]. Si la memoria en Dios equivale ya a su fidelidad, ¿a qué viene esa redundancia? Creo que el salmista, inspirado, está alabando el *cumplimiento* de la misericordia divina, no de una u otra acción misericordiosa, sino su cumplimiento perfecto, el que será notorio a todo el universo, por eso añade: “*los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios*”^[329]. El cumplimiento de la misericordia divina es la Encarnación, es Cristo. Según eso, María, nuestra Madre, al usar las palabras de este Salmo, nos está diciendo que en ella Dios ha llevado a término su misericordia y fidelidad con la casa de Israel.

En este sentido, es de advertir que, menos el primer verbo (*megalynei*), que está en presente, y unos pocos más («me felicitarán», «es santo», «su misericordia llega»), en el texto griego del *Magnificat* los demás verbos están en aoristo, o sea, en tiempo pasado y acción acabada. María habla en pasado perfecto porque se está refiriendo al momento de la Encarnación, en el que se sitúa el referente de todo lo que dice. El traductor al castellano, en cambio, ha puesto en presente todos los verbos que en griego están en aoristo. No ha sido literalmente fiel y así ha perdido una indicación importante, a saber, que todo el cántico ha de ser entendido como una alabanza de la obra divina que se ha cumplido en el momento de la Encarnación.

María destaca, pues, que Dios ha auxiliado a Israel enviándole a su Hijo eterno, que es el Mesías prometido, aunque la grandeza de dicho designio divino todavía quedara en el misterio para la inmensa mayoría de su pueblo. Él lo había anunciado por los profetas: *“Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos... Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar... así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo”*^[330]; *“Yo, conociendo sus obras y pensamientos, vendré para reunir las naciones de toda lengua...”*^[331]; *“Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas de todos los países...”*^[332] *“Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré.... Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré reposar... Buscaré la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma...”*^[333]; etc. Pero nunca pudieron imaginar los israelitas que más allá del auxilio de Dios a su pueblo, esos avisos anunciaban la Encarnación. Era demasiado grande este proyecto para ser entendido *en abstracto* por los hombres, e incluso cuando lo realizó fue también demasiado grande *en concreto* para la mayoría de su pueblo, exceptuado un resto pequeño. De ese pequeño resto María es la adelantada, pues fue ella la primera que entendió, creyó y aceptó el anuncio de ese plan de Dios que le hizo el ángel. Lo que todo un pueblo con sus príncipes y jefes no pudo entender, creer o aceptar, lo entendió, creyó y consintió ella. ¿Quién puede atreverse a decir que era una inculta y mediocre mujer de aldea la que es, por su fe, Madre de todos los creyentes^[334]?

Tan claramente había entendido el mensaje que supo interpretarlo según el espíritu de la Sagrada Escritura: la alianza pactada por Jahvé con el pueblo de Israel es una alianza de *misericordia*. Posiblemente, María habría sido la que más dificultades habría tenido para entender precisamente eso, porque en ella no había miseria alguna, sino plenitud de gracia, pero esa gracia le permitió entender que también ella había sido objeto de la mayor de las misericordias, al haber sido librada de la culpa original. La misericordia del Padre no es como la nuestra, que compadece, pero rara vez puede eliminar la miseria, antes bien su bondad es tan inmensa y sobrepasa de tal modo nuestra indigencia y nuestro pecado que se permite colmarla con su propia vida íntima, con su amor, enviándonos a su propio Hijo y superando todo posible deseo o necesidad creatural. Nuestra Madre subraya que sólo la infinita bondad misericordiosa de Dios es la razón de la alianza, y que sólo su fidelidad (memoria) es la razón de su cumplimiento, pues nuestros pecados siempre nos separan de él, los pecados de Israel y los de todos los hombres, porque todos estamos igualados por el pecado^[335]. Esa misericordia empezó por Israel, pero –como ya adelantó y repetirá el *Magnificat*– va destinada a todos los hombres, de generación en generación.

v. 55: *“Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus in saecula”*

“Como lo había prometido a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia para siempre”

Aunque viene después, el sentido de este versículo está fundido por completo con el anterior^[336]. Dios ha cumplido su palabra, aquella que había dado a nuestros padres. La promesa de Dios es la Palabra de su alianza: “Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”^[337]. Pero al mencionar ahora a Abrahán y a su descendencia, María se remonta de Isaac y Jacob al padre de todos los israelitas, al principio mismo de la primera alianza. ¿No le habría bastado con decir “como había prometido a nuestros padres”? Claro que sí; pero no se trata de una redundancia inútil, antes al contrario, se trata de una poderosa indicación, porque a Abrahán le fue prometido expresamente: “todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia”^[338]. Al añadir “y a su descendencia”, María nos remite a la promesa de bendición *universal* que acompaña a la alianza con Abrahán.

Por ahí es por donde vuelve a enlazar el *Benedictus* de Zacarías, el padre de s. Juan Bautista, con el *Magnificat*. Él conocía el cántico que, en su visita a Isabel, pronunció María precisamente en su casa, y recibió con fe el anuncio del salvador que ella les hizo. Por eso, una vez recuperada la voz, corrobora ampliamente las palabras del cántico mariano: “realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán”^[339]. Señala la misericordia y la memoria, como María, y añade el juramento. Con esta alusión al juramento señala directamente el pasaje en que se recoge la promesa de Dios a Abrahán de que por su descendencia serían benditas todas las naciones de la tierra^[340]. María sabe, por las palabras del Ángel, que dicha promesa y alianza se ha cumplido por entero en su Hijo, el hijo de David, el Mesías^[341], y así nos lo indica: Dios ha cumplido sus promesas, pues no cabe mayor unión, alianza, o matrimonio de Dios con su pueblo, que la de hacerse el Verbo divino *descendiente* de Abrahán en la carne de María, por la que son bendecidos todos los pueblos. Ella sabe de la grandeza del momento histórico que se alcanza en su seno, como canta agradecido desde el principio el *Magnificat*. Nosotros debemos, igualmente, dar gracias a Dios por el momento histórico en el que su Providencia nos ha puesto, sea cual fuere. El de María es el tiempo central de la historia humana. El nuestro es también un tiempo clave, pues la historia se teje de generación en generación. Cada uno de nosotros tiene que comunicar la fe en la Encarnación a la generación siguiente, un fallo en un eslabón significa una ruptura de la cadena histórica de la fe, un vacío en la transmisión de la tradición. Dios no necesita de nosotros, pero ha querido hacer de nosotros anunciadores de su palabra a nuestra generación y a las siguientes. ¡Qué regalo tomar parte en el anuncio histórico de la Buena Nueva! María lo ha hecho de modo completo: de obra, al abrir la puerta de la humanidad al Verbo y acogerlo como Hijo; de palabra, al alabar esa proeza divina en el *Magnificat* e informar al evangelista del anuncio angélico y de este su cántico. Nosotros debemos imitarla proclamando la verdad del evangelio y poniéndolo por obra.

Mas cuando alude directamente al principio mismo de la primera Alianza, María nos indica algo que ella tiene muy claro: que los privilegios de Israel son los de un pueblo elegido para abrir a Dios la puerta de la humanidad toda. Cristo es la bendición de todos los pueblos, y lo es de un modo imprevisto, pues hace descendientes de Abrahán a todos los creyentes, sean del pueblo que sean. Como la *Carta a los romanos* deja claro, nosotros somos también descendencia de Abrahán por la fe^[342]. María sabe como nadie que la humanidad entera es el destinatario de la obra que Dios ha hecho en ella. ¿Aldeana, dicen? Nadie más cosmopolita que María en toda la historia de la humanidad. ¿Quién ha tenido en cuenta a todos los hombres y a todas las generaciones en su vida íntima, en su oración a Dios?

En consonancia con esa inigualable apertura de espíritu^[343], el *Magnificat* está atravesado de «ecos» de pasajes bíblicos del *Génesis*, *Deuteronomio*, *Samuel*, *Salmos*, *Job*, *Isaías*, *Habacuc*. Quizás por eso mismo los filólogos prefieran pensar que fue compuesto por otro. Extraño pensamiento éste para quien cree que la Sagrada Escritura está inspirada por el Espíritu Santo. ¿Acaso por tener mayor instrucción humana será s. Lucas más hábil para componer un cántico inspirado, que dócil fue María al Espíritu divino para engendrar a Cristo? ¡Cómo si la Palabra de Dios fuera cosa de instrucción humana! Y, por otro lado, ¿quién puede estar más instruida en lo divino que aquella que fue consultada por Dios mismo cuando le pidió permiso para entrar en la humanidad a instruirnos a todos acerca del misterio escondido por siglos y generaciones? Medir a María con los patrones de la ciencia humana es equivocarse de plano: es el Espíritu Santo quien mueve su mente y su boca. La sabiduría escriturística de María nace de la gracia divina y de su propio corazón, en el que guardaba y meditaba toda palabra u obra salida de la boca o de la mano de Dios^[344].

Nuestra Madre nos pone al descubierto, así, que ella es la última de los primeros. El sentido de la elección del pueblo de Israel y de las promesas que le fueron hechas se ha cumplido en ella. En el plan eterno de Dios, el pueblo de Israel fue elegido para proporcionar la vida humana, la carne, al Verbo en su encarnación. Si Dios Padre elige a un hombre y a una mujer (Abrahán y Sara) para ser los engendrados primeros de un pueblo, es porque de su descendencia habría de tomar carne Su Hijo. Toda mujer israelita quería ser madre, para que en ella se fuera cumpliendo el designio divino de formar el pueblo de Dios –el pueblo que había de acoger al Mesías prometido–, y consideraba un oprobio o una vergüenza el no serlo^[345], por quedar apartada de esa tarea histórico-salvífica. Y, aunque el pueblo de Israel sea patriarcal, la verdad es que –por designio divino– su función histórica la cumplió una mujer, y, por cierto, humanamente sola: María, que engendró, *sin obra de varón*, sino por obra del Espíritu Santo, al Hijo de Dios hecho hombre. Es cierto que la tarea del pueblo de Israel no consistía únicamente, aunque sí de modo principal, en engendrar al Mesías, también se trataba de crear el ambiente humano en el que su venida diera fruto, es decir, en que fuera reconocible y aceptable por el hombre. Y en eso los varones y las mujeres

israelitas colaboraron por igual. La pedagogía divina fue preparando la venida de Cristo de manera que su revelación quedara al alcance del hombre caído. Sabemos que “*los suyos no lo recibieron*”^[346], pero no por falta de preparación, sino por la dureza de su corazón, la misma dureza de corazón que se había rebelado contra Dios, primero en el éxodo, y después contra los profetas; la misma dureza de corazón con que lo recibimos los demás hombres hasta tanto que su gracia no nos lo ablanda y agranda.

María fue el ápice de la preparación divina, la última de los primeros, o sea, de los que esperaban la venida de Cristo, pues en ella, y gracias a ella, se cumplió esa esperanza; pero precisamente por eso es también *la primera de los últimos* es decir, de los que han acogido con su fe al Mesías ya venido. Ella es la abanderada del «resto» que Dios convocará en Jerusalén^[347], de aquellos que acepten la venida de Cristo y proclamen su muerte y resurrección ante todas las naciones. Ella está situada en medio, entre los primeros y los últimos, porque su fe hizo posible la venida del Verbo a la carne: su fe lo acogió libre y previamente, su fe lo acompañó en su venida, y su fe siguió acompañándolo siempre durante su vida. Tanto es así que ella forma parte del propio misterio de la Encarnación. Por eso tenía pleno sentido que María dijera, antes, que Dios ha hecho obras grandes en ella. Tan grandes han sido esas obras que han hecho de ella, una criatura excepcional, la Madre de Dios, la Madre de la Iglesia, es más, la Madre de todos los hombres^[348], en cuanto que redimidos por Cristo, si es que aceptan el don de su Hijo, como hizo ella la primera.

Pero en estos últimos versículos María no habla directamente de sí misma, sino que vuelve a profetizar. María habla de la sobreelevación de la humanidad hecha por el Verbo en ella, miembro selecto del pueblo elegido. El «para siempre» final del *Magnificat*, que repite palabras de la anunciación angélica (*eis tous aionas*^[349]), afecta a la promesa divina, a su cumplimiento y a los beneficiarios. El amparo de Dios a Israel que proclama María es *por los siglos*. Aunque desde el principio había sido prometido para siempre, al cumplirse en la encarnación de su Hijo la promesa de Dios ha quedado validada para siempre. Como le había anunciado s. Gabriel arcángel, la Encarnación es *para siempre*: no cabe que nadie se salve más que por Cristo, ni cabe que el Verbo y la Trinidad entera se relacione con las criaturas de otra manera que no sea a través de la humanidad de Cristo^[350].

A semejanza de ese «para siempre», el matrimonio cristiano es símbolo de la Encarnación. Precisamente porque es para toda la vida, la indisolubilidad del matrimonio cristiano simboliza la unión de las naturalezas divina y humana en la persona de Cristo^[351]. Por eso tiene sentido que a María, como ella dice, la feliciten las *generaciones* humanas: engendrar es la tarea histórica principal de los matrimonios^[352]. Y la felicitarán precisamente por haber engendrado al Hijo de Dios, por ser la Madre de Dios. Además, tiene sentido que la feliciten *todas* las generaciones humanas, no unas sí y otras no, dado que a todas va dirigido el ofrecimiento de la salvación. En el Primer Testamento no se veía claro que el «para siempre» afectara a todas las generaciones humanas, puesto que la Alianza sólo atañía directamente a

Israel. A partir de la encarnación del Verbo, su Hijo, María entendió con claridad que la promesa cumplida en ella concernía *a todas las generaciones*, anteriores y futuras, hebreas y cristianas. No dice nuestra Madre que la felicitarán todos los hombres, porque no todos aceptarán a su Hijo; pero sí todas las generaciones, porque lo harán muchos hombres pertenecientes a cada generación. Téngase en cuenta que a partir de Cristo la generación de hijos de Dios se hace mediante el bautismo^[353] –nacido de la cruz y del Espíritu enviado desde ella–, que nos engendra a una nueva vida. Con Cristo empieza una nueva generación, de manera que todas las generaciones son renovadas desde Él. Y la nueva generación aportada por Él es *para siempre*. Dios ha cambiado el modo de generación de los hijos de Dios, de los nuevos israelitas, y lo ha cambiado justo en María: ella no ha concebido de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Eso no obstante, la abundancia de la misericordia divina es tal que incluso el matrimonio natural, en vez de suprimido, ha sido regenerado por la encarnación del Verbo, que lo ha convertido en signo de su amor por la Iglesia^[354]. De ahí que María se preocupara expresamente de que su Hijo bendijera el matrimonio, y lo bendijera haciendo su primer milagro en las bodas de Caná, cuando convirtió el agua del amor humano en el vino del amor de Cristo.

Es hermosísimo que María concluya su alabanza con ese profético «*por los siglos*» (*eis ton aiona*), es decir, *para siempre*. Esas palabras dan razón de su esperanza. La misericordia de Dios, cuando es aceptada, es para siempre; la encarnación de su Hijo, una vez realizada, es para siempre; la alabanza de María por su maternidad divina es para siempre. Las promesas de Dios son para siempre, su cumplimiento es para siempre, y nosotros sus beneficiarios lo seremos para siempre, si esperamos en ellas. S. Pedro nos exhorta a estar preparados para dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida^[355]. María no aguarda a que se la pidan, sino que se adelanta, inspirada por el Espíritu Santo, para dar razón de su esperanza *a todos*, a fin de que nosotros a nuestra vez sepamos darla a los demás. La encarnación del Verbo es la razón de la esperanza que dura para siempre, porque confirma y amplía la libertad que –como posesión de futuro que no lo desfuturiza^[356]– somos por dotación del creador, abriéndola a la *eternidad de la Vida íntima divina* por el don de la filiación adoptiva.

^[196] Como texto a glosar, utilizo básicamente la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, *Sagrada Biblia*, B.A.C., Madrid, 2010.

^[197] “María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (*Lc 2, 19*) y lo repite un poco más adelante: “Su madre conservaba todo esto en su corazón” (*Lc 2, 51*). S. Lucas ha querido dejar bien sentada cuál había sido su fuente: la memoria fiel de María Santísima.

^[198] *Lc 1, 68-79; 2, 29*.

^[199] *Apoc 11, 17 ss.; 19, 5 ss.*

^[200] Zacarías alaba la Encarnación vista desde la visitación de Cristo a su casa y a él en el seno de la Virgen; Simeón alaba la Encarnación desde el don que le fue concedido de reconocer al Mesías antes de

morir. Escribo la palabra «Encarnación» con mayúscula sólo cuando pudiera no resultar nítidamente claro, en el texto, que me refiero a la *encarnación del Verbo o del Hijo de Dios*.

[201] Nótese que esa oración, aunque Él nos la enseñara, no es la oración de Cristo, es decir, la que hacía Él, puesto que les dijo: “cuando oréis...vosotros orad así: Padre nuestro...” (*Mt 6, 5 y 9 y 14-15*). Cristo no puede decir «Padre *nuestro*», puesto que el Padre es padre natural sólo suyo y de ningún otro, de manera que cuando Él ora dice: “Padre *mío*” (*cf. Mt 26, 39 y 42; Lc 10, 21-22*), distinguiendo perfectamente entre mi Padre y vuestro Padre (*Mt 5, 48; 6, 26 y 32; 7, 11; 15, 13; 16, 17; 18, 35; 20, 23; 23, 9; Mc 11, 25, Lc 6, 36; 22, 29; Jn 5, 17; 6, 32; 8, 42 y 49 y 54 y 56; 10, 17 y 29; 14, 23; 15, 1 y 8; especialmente en 20, 17*).

[202] *1 Tes 2, 13*.

[203] *Sal 34, 4*: “Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre”.

[204] L. Polo, *La persona humana y su crecimiento*, 201-202: “La verdad es un trascendental metafísico. Para referirla al hombre es preciso trascenderla, de acuerdo con los trascendentales antropológicos. La verdad referida al orden antropológico no es mera copia o reflejo o *adaequatio*. El reflejo es repetición de lo que se ha visto, mera reduplicación del antecedente. En cambio, la verdad en el orden de la antropología trascendental, es trascendida; permite y exige una expansión, en tanto que se transforma en uno mismo y va más allá de la verdad formalmente considerada.../... Entonces no cabe que la verdad tenga un carácter terminativo, sino que ha de dar paso al canto: la persona puede cantar la verdad, y cuando la canta la transfigura en canto. La verdad así adquiere una realidad oferente, donal, cuya consumación es imposible si no existe otra persona”.

[205] *Lc 1, 28*: “*jaire*” es el imperativo del verbo *jairo*, y aunque hace las veces del saludo, en griego significa literalmente: ¡alégrate!

[206] “Mi corazón se regocija por el Señor, mi poder se exalta por Dios; mi boca se ríe de mis enemigos, porque gozo con tu salvación” (*1Sam 2, 1*).

[207] *Mt 1, 21; Lc 1, 31*.

[208] *1 Sam 2, 1*: “Mi boca se ríe de mis enemigos, porque gozo con tu salvación”.

[209] *1 Sam 1, 8 y 10*.

[210] *Lc 1, 71 y 74*.

[211] *Lc 2, 26-29*. Personalmente, sostengo que María nuestra Madre no había de morir, y no murió, *cf. “El acto final de la redención de María”, en Sóc per a Elig 140 (2005) 117-145*. [Prepublicado en *Miscelánea poliana 5 (2005) 1-39*].

[212] *61, 10*.

[213] *3, 18*.

[214] *1 Sam 1, 6-8*. También Raquel consideraba una humillación no tener hijos (*Gn 30, 23*).

[215] Como también se hace en *Fil 3, 21*: “Él transformará nuestro cuerpo humilde (*tapeinoseqs*) según el modelo de su cuerpo glorioso”.

[216] *Fil 2, 6-8*: “El cual [Cristo], siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló (*etapeínosen*) sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”. Cuando María se denomina «esclava» reconoce su condición humana.

[217] *1 Sam 1, 11*: “Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón, lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida, y la navaja no pasará por su cabeza”.

[218] *Gn 17, 15-21; 18, 6-15*.

[219] *Jue 13, 3 ss*.

[220] *Lc 1, 18*: “¿Cómo estaré seguro de eso? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada”. Pedir pruebas es poner en duda la posibilidad de lo que se le anuncia.

[221] *Fil 2, 6-8*. “La humillación es esencial a la Encarnación, pues no de otra manera una humanidad puede ser unida a la Expresión Personal que es el Hijo. Por eso la unión a la Segunda Persona dota de

sentido a la humillación misma” (L. Polo, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, Obras Completas, Eunsa, Pamplona, 2015, vol. XIII, 372).

[222] *Sal* 123 (122), 2.

[223] *Heb* 5, 7-10.

[224] *Lc* 1, 42; 11, 27.

[225] *Lc* 1, 28.

[226] *Isa* 7, 14.

[227] *Sal* 85, 11.

[228] *Gn* 30, 13.

[229] Así lo sugiere la *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Barcelona, 1998, p.1492, en nota 1.46.

[230] La filología no puede ofrecer criterios *suficientes* para entender la Palabra de Dios. Si ningún saber meramente humano puede ofrecerlos, sino que han de ser la propia revelación y el don de la fe los que nos los brinden, es insensato someterla a criterios que no son ni tan siquiera humanamente sapienciales, ¡como si la Palabra de Dios estuviera por debajo del saber humano, o al hablarnos se hubiera supeditado a las limitaciones de nuestro lenguaje! La Palabra de Dios, trasciende nuestra inteligencia y, mucho más aún, nuestro lenguaje, sin anularlos, antes bien abriéndolos sin límites.

[231] *Isa* 26, 12.

[232] *Sal* 108, 13-14: “Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil. Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos”.

[233] *Sal* 33, 16-17: “No vence el rey por su gran ejército, no escapa el soldado por su mucha fuerza; nada valen sus caballos para la victoria, ni por su gran ejército se salvan”; *Ecl* 1, 2 y 14; *Jr* 51, 17-18.

[234] *Sal* 33, 10-11: “El Señor deshace los planes de las naciones, frustra los proyectos de los pueblos; pero el plan del Señor subsiste por siempre; los proyectos de su corazón, de edad en edad”.

[235] *Sal* 115, 1: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu lealtad”.

[236] Versículos 5-6; el versículo 6 añade: “El ignorante no los entiende ni el necio se da cuenta”.

[237] *Summa Theologiae* (ST), III, 62, 1 c, y 5 c.

[238] *Hch* 9, 15.

[239] Tomás de Aquino entiende que el instrumento no es estimado por su propio valor, sino por el fin, y que es tanto mejor cuanto más proporcionado es al fin (ST II-II, 188, 7 ad 1). Con eso reconoce que los instrumentos son meros medios o útiles, sin valor ni dignidad propia.

[240] *Rom* 11, 36; *1 Co* 8, 6; *Heb* 2, 10.

[241] Fue Kant quien dijo que las personas son fines, no medios (*Kritik der praktischen Vernunft*, Kants Werke, Akademie Textausgabe, Walter de Gruyter, Berlin, 1968, V, 87). Pero las personas somos más que fines, como dice el Concilio Vaticano II: “el hombre, única criatura terrestre que Dios ha amado por sí misma...” (*Gaudium et spes*, n. 24, B.A.C. Madrid, 1969, 241). Como Dios no es sólo el fin de la creación, sino que está por encima de toda ella, así nosotros somos relaciones subsistentes que *co-existimos* con Él, si nos abrimos a Él.

[242] *1 Co* 3, 7-9.

[243] “*Coronat autem in nobis Deus dona misericordiae suae*” (Dios corona en nosotros los dones de su Misericordia) *Tractatus in Joh. Evangel. III*, c. 1, n. 10, PL 35, 1401. *Cfr. Sermo 298*, cc. 4 y 5, nn. 4 y 5, PL 38, 1366-1367; *Enarratio in Ps. 70*, n. 5, PL 36, 895; *Enarratio in Ps. 99*, n. 15, PL 37, 1280; *Enarratio in Ps. 102*, n. 7, PL 37, 1321; *Enarratio in Ps. 137*, n. 18, PL 37, 1783-1784.

[244] *Sant* 1, 17. *Cfr.* I. Falgueras, “Aclaraciones sobre y desde el dar”, en I. Falgueras y J.A. García (Coords.) *Antropología y trascendencia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, 2008, 51-82.

[245] *1 Cro* 28, 9; *Ecl* 42, 18; *Sab* 7, 21 ss.

[246] “Se llamará Hijo del Altísimo” (*Lc* 1, 32).

[247] *Gn* 1, 2: sobrevolando por encima de las aguas.

[248] *Sal* 99, 3-9: “Reconozcan tu nombre, grande y terrible: ¡Él es Santo!... Ensalzad al Señor, Dios nuestro, postraos ante el estrado de sus pies: ¡Él es santo!... Ensalzad al Señor, Dios nuestro, postraos ante su monte santo: ¡Santo es el Señor Dios nuestro!”. *Sal* 111, 9: “Su nombre es sagrado [santo] y temible”. *Isa* 6, 3: “Santo, Santo Santo es el Señor del universo”.

[249] “Por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (*Lc* 1, 35).

[250] Algunos otros santos (s. José, S. Juan Bautista, Abrahán, Moisés, etc.) pueden aproximarse a ellos dos, pero ninguno puede igualarlos.

[251] *Lc* 18, 11.

[252] Santa Teresa de Jesús, *Las Moradas*, VI, c. 10, n. 8, B.A.C., Madrid, 41974, 434: “la humildad es andar en verdad”.

[253] *Col* 2, 9: “Porque en Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente”.

[254] “Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre para aquellos que le temen”.

[255] *Isa* 11, 2.

[256] *Heb* 5, 7. Esa reverencia se advierte en toda la vida de Cristo: en su concepción (*Heb* 10, 5-7), su infancia (*Lc* 2, 49), en su vida pública (*Lc* 10, 21; *Jn* 14, 28, etc.), en su pasión y muerte (*Mc* 14, 36; *Lc* 23, 46), e incluso después de su resurrección (*Jn* 20, 17 y 21 [*subir* al Padre]).

[257] *Mt* 10, 28; *Lc* 12, 5.

[258] Obviamente, no me refiero a problemas de traducción, sino a problemas de contenido. *Cfr.* S. Agustín, *Enarratio in Ps. 146*, n. 12, PL 37, 1907: “Por ejemplo, no entiendes, entiendes poco, no sacas nada: honra a la Escritura de Dios, honra a la palabra de Dios... En ellas no hay nada perverso, hay cosas oscuras, no para negarte [el entenderlas], [sino] para que se ejercite quien las entenderá después. Por tanto, cuando resulta obscuro, obra del médico es, para que llames a la puerta: quiso él que te ejercitaras en llamar, quiso que se abriera al que llama (*Mt* 7, 7). Te ejercitarás llamando; ejercitado te abrirás más; habiéndote abierto más, entenderás lo que se da... No te resistas a lo obscuro, ni digas: lo diría mejor si lo dijera de esta otra manera. Pues ¿desde cuándo puedes tú decir o juzgar cómo convenga decirlo?”.

[259] *Rom* 8, 35-39. Y en especial en el momento de la muerte, *cfr.* I. Falgueras, *El abandono final. Una meditación teológica sobre la muerte cristiana*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Málaga, Málaga, 1999, 73-76.

[260] *Sal* 89, 11. La Nueva Vulgata lo vierte: “*in brachio virtutis tuae dispersisti inimicos tuos*”. La versión de la Conferencia Episcopal traduce: “tu brazo potente desbarató al enemigo”. La Biblia de Jerusalén lo traduce así: “dispersaste al enemigo con brazo potente”.

[261] *Sal* 80, 3.

[262] *Isa* 40, 10: “*Ecce Dominus Deus in virtute venit, et brachium eius dominatur*” (*Nova vulgata*).

[263] “Piedad, Señor, en ti esperamos; sé nuestra fuerza [brazo] cada mañana y nuestra salvación en tiempo de angustia” (*Isa* 33, 2). “¡Despierta, despierta, revístete de fuerza, brazo del Señor, despierta como antaño, en las antiguas edades!” (*Isa* 51, 9). “Renueva los prodigios, repite los portentos, exalta tu mano, robustece tu brazo. Despierta tu furor y derrama tu ira, extermina al adversario y aniquila al enemigo” (*Eclo* 36, 6-9). “¡Que el poder de tu brazo hiera a los que, blasfemando, han venido a atacar a tu pueblo santo!” (*2 Mac* 15, 22-24).

[264] El griego dice literalmente que Dios “*epoiesen kratos en brajioni autou*”, «hizo poder en su brazo», y el poder a que se refiere (*kratos*) es el dominio sobre el hombre y la historia. “Desplegó la fuerza de su brazo” traduce la *Biblia de Jerusalén*.

[265] “¿Quién puede resistir la fuerza de tu brazo?” (*Sab* 11,21). “Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo” (*Sal* 98, 1).

[266] *Ex* 33, 9-10.

[267] *Mt* 28, 18; *Jn* 3,35.

[268] *Isa* 52, 10.

[269] Zacarías habla de «cuerno de salvación» (*kéras soterías, cornu salutis*). Es una expresión utilizada por David para alabar el poder de Dios por haberlo salvado de las manos de sus enemigos (*2 Sam* 22,

3; *Sal* 18, 3; *Sal* 75, 5-6; *Eclo* 47, 6 y 8 y 13). Se trata de otra metáfora, pero que en el conjunto alude a lo mismo: María habla de fortalecer su brazo, Zacarías de erigir un poder (de salvación).

[270] *Gn* 1, 3-30; *Ez* 36, 36; 37, 14.

[271] *Isa* 55, 11.

[272] *Isa* 52, 10; 53, 1.

[273] *Apoc* 12, 3-18.

[274] *Lc* 2, 34-35.

[275] “A la Plenitud Infinita le corresponde la sumisión plena de su Humanidad al Padre, y en ello está la gloria de esa Humanidad. El Padre no acoge con complacencia el homenaje de Cristo por un mero motivo jurídico o moral, sino porque tal homenaje lo Expresa exactamente” (L. Polo, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Obras Completas de L. Polo*, Eunsa, Pamplona, 2015, vol. XIII, 372).

[276] *O.c.*, p. 371-372.

[277] “La Encarnación del Hijo de Dios no deja a un lado la miseria humana. A través del sufrimiento de Cristo, la miseria del hombre entra en contacto con Dios. Es absolutamente imposible admitir en la entera positividad de la vida trinitaria la sombría realidad del pecado y, en consecuencia, jamás el hombre miserable hubiera tenido un eco en lo absoluto. La miseria del hombre es una gran agitación estancada que sólo encuentra camino cuando corre a sumirse en la pasión de Cristo y allí es redimida: es la atracción de la Cruz” (L. Polo, *O.c.*, 373).

[278] *Gn* 11, 8-9

[279] *Cfr.* X. León –Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, voz «Dispersión» (R. Motte), Herder, Barcelona, ²1972, 252.

[280] *Sab* 11, 16.

[281] *Jn* 3, 19-21: “Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras”.

[282] No es que los demonios no se comuniquen, de hecho pueden formar “Legión” (*Mc* 5, 9-15), pero como ninguno dice la verdad ni se fía de los otros, pues sabe que mienten, tienen la más profunda de las soledades: la reunión de muchos solitarios, que estando juntos permanecen por dentro aislados.

[283] “No es bueno que el hombre esté solo” (*Gn* 2, 18). “¡Pobre del que cae estando solo, sin que otro pueda levantarlo! (*Ecl* 4, 9).

[284] *Ef* 6, 12.

[285] *Jb* 12, 16-18.

[286] *Heb* 1, 4-14.

[287] *Fil* 2, 9-11: “Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”.

[288] *Ex* 15, 15.

[289] *Gn* 6, 4.

[290] *1 Mac* 3, 38.

[291] *1 Mac* 8, 1.

[292] *1 Cr* 29, 12.

[293] *Rom* 13, 1.

[294] *Mt* 20, 28.

[295] *Isa* 41, 25.

[296] Mayor incluso que la que separa al ser respecto de la nada, *cfr.* L. Polo, *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, XXVII, 90 ss.

[297] *Heb* 10, 5-7.

[298] Hablo del perdón de las ofensas, no del perdón de las penas a ellas debidas. Las penas son otra cosa: ellas no deben ser perdonadas más que si así se favorece la conversión o mejora del que ha ofendido, puesto que se enderezan precisamente al arrepentimiento, conversión y mejora del ofensor.

[299] *Mt 9, 13.*

[300] *Mt 23, 8-9.* Es verdad que no todos somos iguales en los dones recibidos por creación, ni en los méritos obtenidos por gracia, pero todos necesitamos la misericordia salvadora, pues todos hemos ofendido a Dios (*Gal 3, 22; Rom 11, 30-32*), todos seremos juzgados por el mismo juez y con los mismos criterios (*Mt 25, 31-46*), y tendremos el mismo premio (*Mt 20, 1-16*). Por eso, el que no perdona a su hermano no admite que su hermano sea perdonado por Dios, y no puede ser a su vez perdonado (*Mt 6, 14-15*), ni entrar en el reino de Dios.

[301] *1 Jn 3, 15:* “El que odia a su hermano es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva permanentemente en sí vida eterna”.

[302] *Jb 5, 9-16:* “Él hace prodigios misteriosos, obra maravillas sin cuento: proporciona lluvia a la tierra, envía el agua a los campos; pone a los humildes en lo alto, en lugar seguro a los abatidos; trastorna los planes del artero, de modo que fracase en sus manejos; enreda en su astucia a los sabios, arruina las decisiones tortuosas; es de día y se topan con tinieblas, van a tientas lo mismo que de noche. Pero al pobre lo salva de la lengua afilada, lo libra de la mano violenta; y el indigente vive esperanzado, pues la maldad cierra su boca”.

[303] *Mt 9, 12.*

[304] “Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”.

[305] “Calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes”.

[306] Versículo 5.

[307] Ana sí habla, más adelante, de los pobres (v. 8).

[308] Por eso, no dice María “los colma de pan”, sino “los colma de bienes” (*enéplesen agazōn*). “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (*Mt 4, 4*); *cfr. Deu 8, 3*. Los materiales no son los más altos bienes.

[309] *Sal 81, 9-11.*

[310] *Mt 13, 12.*

[311] *Mt 20, 28*

[312], *Mc 2, 17.*

[313] I. Falgueras, *El abandono final*, 58.

[314] “Las afrentas con que te afrentan caen sobre mí” (*Sal 69, 10*).

[315] *Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica [CCE], n. 1832.*

[316] *Isa 11, 1-2.* Son siete: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios (*Cfr. CCE, n. 1831*).

[317] *Lc 10, 21-22.*

[318] *Col 2, 3.*

[319] *Lc 1, 32-33.*

[320] “Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin” (*Lc 1, 32-33*).

[321] *Fil 3, 20-21.* El poder de Cristo sobre la historia deriva de la cruz (*Jn 12, 32*), o sea, de su victoria sobre la muerte. El poder del Padre sobre la historia es su Providencia, que la conduce hacia Cristo (*Jn 6, 44*). El poder del Espíritu Santo sobre la historia es el de hacernos libres y guiarnos a cada uno para colaborar con Cristo y con el Padre, participando de la misión de la Iglesia, que Él protege, consuela y guía.

[322] *Deu 32, 10.*

[323] *Rom 9, 5.*

[324] “El Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre” (Lc 1,32-33).

[325] Mt 15, 24.

[326] “*Tunc autem dicitur Deus meminisse, quando facit; tunc oblivisci, quando non facit: nam neque oblivio cadit in Deum, quia nullo modo mutatur; neque recordatio, quia non obliviscitur*” (Se dice que Dios recuerda, cuando hace algo; se dice que se olvida, cuando no lo hace, pues ni el olvido entra en Dios, que de ningún modo se inmuta, ni el recuerdo, porque no se olvida) (*Enarratio in Ps. 87, n.5, PL 37, 1112*).

[327] “*Notum fecit Dominus salutare suum*” (Nueva vulgata); en la traducción de la Conferencia episcopal española: “El Señor da a conocer su victoria”. María ha empezado alegrándose en su *salvador*, por lo que la alusión a este salmo en el *Magnificat* parece que debe ser referida a la salvación.

[328] La palabra que han traducido al castellano por «fidelidad» es «*veritas*» (la verdad) en el latín de la *Vetus latina* y de la Vulgata.

[329] “*Viderunt omnes fines terrae salutare Dei nostri*”. La traducción de la Conferencia Episcopal dice: “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”. Pero, como he dicho, visto desde María, casa mejor traducir en vez de «victoria» “salvación”.

[330] Isa 55, 8-11.

[331] Isa 66, 18.

[332] Jr 23, 3

[333] Ez 34, 11 ss.:

[334] Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 54.

[335] Rom 11, 25-32: “Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no os engriáis: el endurecimiento de una parte de Israel ha sucedido hasta que llegue a entrar la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo, como está escrito: ‘Llegará de Sión el Libertador; alejará los crímenes de Jacob; y esta será la alianza que haré con ellos cuando perdone sus pecados’. Según el Evangelio, son enemigos y ello ha revertido en beneficio vuestro; pero según la elección, son objeto de amor en atención a los padres, pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables. En efecto, así como vosotros, en otro tiempo, desobedecisteis a Dios, pero ahora habéis obtenido misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos han desobedecido ahora con ocasión de la misericordia que se os ha otorgado a vosotros, para que también ellos alcancen ahora misericordia. Pues Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. *Cfr. Gal 3, 22*.

[336] Isa 41, 8-10: “Y tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi escogido; estirpe de Abrahán, mi amigo, a quien escogí de los extremos de la tierra, a quien llamé desde sus confines, diciendo: «Tú eres mi siervo, te he elegido y no te he rechazado», no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortalezo, te auxilio, te sostengo con mi diestra victoriosa”.

[337] Ex 6, 7; Jr 7, 23.

[338] Gn 22, 18. *Cfr. Gn 12, 3*.

[339] Lc 1, 71-73.

[340] Gn 22, 16-18.

[341] Lc 1, 32.

[342] Rom 4, 16.

[343] El que está abierto a Dios y a su palabra está abierto a todo y a todos.

[344] Lc 2, 19 y 51.

[345] Lc 1, 25. Isa 54, 1-4: “Exulta, estéril, que no dabas a luz; rompe a cantar, alégrate, tú que no tenías dolores de parto... No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sientas ultrajada, porque no deberás sonrojarte. Olvidarás la vergüenza de tu soltería, no recordarás la afrenta de tu viudez”.

[346] Jn 1, 11.

[347] Isa 37,32; Jl 3, 5; Abd 17; Miq 4, 7; Sof 3, 12-14.

[348] Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, nn.53 y 54.

[349] Lc 1, 33.

[350] Es importante notar esto último, porque en nuestros días, en su (equivocada) intención de querer salvar a los hombres ya antes de la muerte, y no teniendo en cuenta la absoluta necesidad del don de la perseverancia final para poder salvarse, algunos teólogos han pretendido separar la acción salvífica del Verbo y del Espíritu Santo respecto de la redención obrada por Cristo. Han olvidado que, *bajo el cielo no ha sido dado otro nombre que pueda salvar* fuera del de Jesús (Verbo encarnado), *Hch 4, 12*. Cfr. La Notificación de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el libro del P. J. Dupuis, *Vers une théologie chrétienne du pluralisme religieux*, Paris, Cerf, 1997.

[351] Cfr. I. Falgueras, *El Cántico de Salomón. Comentario al Cantar de los Cantares*, Edipsa, Valencia 2008.

[352] *Gn 1, 28*.

[353] *Jn 3, 1-10*. Téngase en cuenta que el bautismo no es sólo bautismo de agua, sino también de deseo (Concilio de Trento, Denzinger-Schönmetzer, Herder, Barcelona, ³⁴1967, 1524), de sangre (Cfr. S. Agustín, *De baptismo contra Donatistas*, IV, c. 22, n. 29, PL 43, 173), y –propongo yo– también puede ser bautismo de *muerte con Cristo* (I. Falgueras, *El abandono final*, 68-81).

[354] *Ef 5, 32*.

[355] “...dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza” (*1 Pe 3, 15*).

[356] L. Polo, *Antropología trascendental II*, OC XV, 262. Aunque las criaturas personales seamos «para siempre», no somos eternas, es decir, sin comienzo ni fin, pues comenzamos a existir. La filiación divina por la gracia de Cristo nos introduce en la eternidad de la vida de Dios, no en la mera inmortalidad creada.